

MARÍA DE HABSBURGO

YOLANDA SCHEUBER



Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: María de Habsburgo
Autor: © Yolanda Scheuber

Copyright de la presente edición © 2011 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Imagen de cubierta: COPYRIGHT © Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-987-3
Fecha de publicación: Marzo 2011

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal: NA-423-2011

Olvidadas por la historia, Leonor, Isabel, María y Catalina de Habsburgo, hijas de Juana I de Castilla, la Loca, y de Felipe I de Austria, el Hermoso, y hermanas de los emperadores Carlos V y Fernando I, cumplieron con fidelidad los mandatos reales, pero los humildes destellos de sus vidas se fueron desvaneciendo, opacados por el resplandor inconmensurable de un imperio donde nunca se ponía el sol.

DEDICATORIAS

A las princesas de Austria, luego reinas todas ellas: Leonor, Isabel, María y Catalina de Habsburgo, quienes han dejado su huella en esta historia.

Por ellas y para ellas va dirigida esta novela.

A mi madre, quien me abrió por primera vez a mis cinco años de edad las puertas de la historia de Juana I de Castilla y de sus hijas.

A mi padre, por su maravilloso ejemplo de vida.

A mi esposo, por su inigualable e incondicional apoyo, colaboración y paciencia, por ayudarme a que la memoria de estas reinas permanezca viva.

A mis hijos, para que puedan conocer a través de esta historia la valentía con que se enfrentaron a la vida las cuatro hijas de la reina.

A mi hermana Victoria, a la que me unen no sólo los lazos de sangre y afectos, sino nuestra pasión por la literatura, quien desde los Alpes suizos —patria de los Habsburgo— me brindó su claridad literaria y su luz conceptual en la corrección del manuscrito.

A la gloria de San Francisco de Asís, día en que terminé la escritura de este libro.

AGRADECIMIENTOS

A mi amiga Carmen Vaquero Serrano, que desde Toledo me aportó su inestimable y entusiasta ayuda en la recolección de los datos de Leonor de Habsburgo y con su incansable afán y sabiduría me fue guiando por los laberintos del maravilloso siglo XVI.

A mi amigo Diego Varas, por su valiosa y desinteresada colaboración en el soporte técnico.

Al señor José Manuel Díez Fuentes, responsable técnico del área de Historia de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes — taller digital—, por su ayuda en la búsqueda de datos sobre los primeros años de vida de las princesas de Habsburgo.

Al señor Hjordis Kalso Hansen de la Fundación Reina Isabel de Dinamarca y a la Embajada de Dinamarca en Madrid, por toda la colaboración brindada sobre la aportación de datos sobre Isabel de Habsburgo.

A la señora Lisbeth Hallas-Borum, encargada del Departamento de Cultura e Información de la Embajada de Dinamarca en Madrid, por su gentil colaboración en la orientación de mi investigación.

Al señor Morten Dahl Nielsen del Departamento de Cultura e Información de la Embajada de Dinamarca en Madrid por su colaboración en la búsqueda de datos sobre Isabel de Habsburgo.

Al señor José María Burrieza Mateos, jefe del Departamento de Referencias Archivo General de Simancas, España, por su asesoramiento.

Al área de Historia de la Biblioteca Virtual Cervantes de la Universidad de Alicante, España, por su colaboración.

A los señores Paul Emmanuel Biron y Eric Vancraeynest del Servicio de Comunicaciones del Vicariato de Bruselas, por su gentil cooperación en la recolección de datos sobre el bautismo de María de Habsburgo.

ÍNDICE

Dedicatorias.....	9
Agradecimientos.....	11
Índice.....	13
Personajes.....	15
Prólogo.....	29
Capítulo I. El sol vuelve a ocultarse.....	31
Capítulo II. Añoranzas.....	59
Capítulo III. En soledad.....	87
Capítulo IV. El encuentro.....	99
Capítulo V. Desde Austria.....	115
Capítulo VI. Carlos V emperador.....	133
Capítulo VII. Los sinsabores del poder.....	143
Capítulo VIII. Mis esponsales.....	159
Capítulo IX. Reina de Hungría y Bohemia.....	185
Capítulo X. Entre zozobras.....	195
Capítulo XI. El desenlace.....	217
Capítulo XII. Refugiada en Presburgo.....	245
Capítulo XIII. La partida.....	265
Capítulo XIV. Regente de los Países Bajos.....	279
Capítulo XV. En Bruselas.....	295
Capítulo XVI. Una nueva guerra contra Francia.....	307
Capítulo XVII. La muerte llega otra vez.....	321
Capítulo XVIII. Leonor regresa a Malinas.....	343
Nota de la autora.....	377
Epílogo.....	379
Nota histórica.....	381
Cronología.....	383
Árboles genealógicos.....	396

PERSONAJES

Los personajes que se mencionan al inicio de cada libro de la saga *Las hijas de la reina* son aquellos que intervienen en los cuatro libros correspondientes a la misma: *Leonor de Habsburgo*, *Isabel de Habsburgo*, *María de Habsburgo* y *Catalina de Habsburgo*. Y en cada uno de los libros se incorporan los que corresponden a los acontecimientos que se relatan en esa novela en particular.

Casa Trastámara-España

Isabel de Castilla y Fernando de Aragón: los Reyes Católicos de España, padres de Juana I de Castilla y abuelos maternos de los príncipes de Austria: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Juana I de Castilla: infanta de España. Hija de los Reyes Católicos, esposa de Felipe de Habsburgo (el Hermoso), madre de los príncipes Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando. Archiduquesa de Austria de 1496 a 1555, reina de Castilla con el nombre de Juana I desde 1504 hasta 1555 y reina de Aragón de 1516 a 1555.

Juan de Trastámara: hijo primogénito de los Reyes Católicos, príncipe de Asturias, hermano de Juana I de Castilla y esposo de Margarita de Austria.

Isabel y María de Trastámara: hijas de los Reyes Católicos, hermanas de Juana I de Castilla y esposas de Manuel I de Portugal.

Catalina de Aragón: hija de los Reyes Católicos, hermana de Juana I de Castilla y esposa de Enrique VIII.

Casa Habsburgo-Austria

Maximiliano I de Habsburgo: emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, esposo de la duquesa María de Borgoña y padre de Felipe y Margarita de Habsburgo. Abuelo paterno

de los príncipes de Austria: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

María de Borgoña: duquesa de Borgoña, esposa de Maximiliano I, madre de Felipe y Margarita de Habsburgo. Abuela paterna de los príncipes de Austria: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Felipe de Habsburgo: príncipe de Austria. Hijo del emperador Maximiliano I de Habsburgo y de María de Borgoña, hermano de Margarita de Austria, esposo de Juana I de Castilla, padre los príncipes: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo. Archiduque de Austria, duque de Borgoña desde 1482 hasta 1506 y rey de Castilla desde 1504 hasta 1506.

Margarita de Austria: princesa de Austria. Hija de Maximiliano I de Habsburgo y María de Borgoña, hermana de Felipe de Habsburgo, esposa de Juan de Trastámara, príncipe de Asturias, y más tarde duquesa de Saboya al desposarse en 1501 con Filiberto de Saboya. Gobernadora regente de los Países Bajos entre 1507 y 1515. Tía de Leonor, María, Isabel, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Leonor de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo. Hija de Juana de Trastámara y de Felipe de Habsburgo, hermana del emperador Carlos V de Alemania y I de España, de Fernando, Isabel, María y Catalina de Habsburgo, esposa de Manuel I de Portugal y reina de Portugal entre 1519 y 1521, esposa de Francisco I de Francia y reina de Francia entre 1530 y 1547, madre de María, princesa de Portugal.

Isabel de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo. Hija de Juana I de Castilla y de Felipe de Habsburgo, hermana de Leonor, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo. Esposa de Christian II de Dinamarca, reina de Dinamarca de 1515 a 1523.

María de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo. Hija de Juana I de Castilla y de Felipe de Habsburgo, hermana de Leonor, Isabel, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo. Esposa de Luis II de Bohemia y Hungría. Reina de Bohemia y Hungría entre 1523 y 1526.

Catalina de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo. Hija de Juana I de Castilla y de Felipe de Habsburgo, hermana de Leonor, Isabel, María, Carlos y Fernando de Habsburgo. Esposa de Juan III de Portugal y reina de Portugal entre 1525 y 1557.

Carlos de Habsburgo: emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y hermano de Fernando, Leonor, Isabel, María y Catalina.

Fernando de Habsburgo: rey de Hungría y de Bohemia y después emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, hermano de Carlos, Leonor, Isabel, María y Catalina.

Felipe II: rey de España, hijo de Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal.

María de Habsburgo: hija de Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Maximiliano II.

Juana de Habsburgo: hija de Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal, esposa del príncipe Juan Manuel y madre del rey Sebastián de Portugal.

Maximiliano de Habsburgo: hijo de Fernando I de Habsburgo y de Ana Jagellón. Esposo de María de Habsburgo, hija de Carlos V.

Casa Avis-Portugal

Manuel I de Portugal: llamado el Afortunado. Rey de Portugal y primer esposo de Leonor de Habsburgo entre 1518 y 1521. Anteriormente viudo de Isabel de Castilla y María de Aragón, hermanas de Juana I de Castilla.

Miguel de Portugal: hijo heredero de Manuel I de Portugal y de la infanta Isabel, hermana de Juana I de Castilla.

Infanta María de Portugal: hija de Leonor de Habsburgo y Manuel I de Portugal. Princesa de Portugal, señora de Viseu.

Isabel de Portugal: hija de Manuel I y María de Aragón. Emperatriz, esposa de Carlos V y hermana del rey Juan III.

Juan III: rey de Portugal, esposo de Catalina de Austria.

Juan Manuel: príncipe heredero de Portugal, hijo de Juan III y Catalina de Austria, esposo de Juana de Austria y padre del rey Sebastián de Portugal.

María Manuela: princesa de Asturias, esposa del príncipe Felipe (futuro Felipe II), madre del príncipe Don Carlos, hija de Juan III y Catalina de Austria, hermana del príncipe Juan Manuel.

Sebastián de Portugal: hijo póstumo del príncipe Juan Manuel y Juana de Austria. Rey de Portugal.

Beatriz de Portugal: hermana de la emperatriz Isabel de Portugal y del rey Juan III, hija de Manuel I y María de Aragón.

Alfonso, María Manuela, Isabel, Beatriz, Manuel, Felipe, Dionisio, Juan Manuel y Antonio de Avis: hijos del rey Juan III y Catalina de Habsburgo.

Casa Valois-Francia

Carlos VIII y Luis XII: reyes de Francia.

Francisco I de Francia: rey de Francia. Se casó en primeras nupcias con la princesa Claudia, duquesa de Bretaña, hija de Luís XII, quien luego fue reina de Francia. Fue el segundo esposo de Leonor de Habsburgo entre 1530 y 1547.

Enrique II: rey de Francia, esposo de Catalina de Médicis.

Catalina de Médicis: reina de Francia, esposa de Enrique II.

Carlos de Orléans: hijo del rey Francisco I.

Luisa de Saboya: madre de Francisco I y de Margarita de Navarra.

Francisco de Valois: hijo de Francisco I y Claudia de Francia. Delfín de Francia.

Enrique de Valois: hijo de Francisco I y Claudia de Francia. Duque de Orléans.

Margarita de Navarra: hermana de Francisco I, hija de Luisa de Saboya.

Casa Borgoña

Carlos el Temerario: duque de Borgoña, padre de María de Borgoña, abuelo de Felipe el Hermoso y bisabuelo de Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Catalina de Francia: primera esposa de Carlos el Temerario.

Isabel de Borbón: segunda esposa de Carlos el Temerario, duquesa de Borgoña, madre de María de Borgoña, abuela de Felipe el Hermoso y bisabuela de Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Margarita de York: tercera esposa de Carlos el Temerario, duquesa de Borgoña.

Casa Oldemburgo-Dinamarca

Christian II: rey de Dinamarca, Noruega y Suecia, esposo de Isabel de Habsburgo.

Juan de Dinamarca: rey de Dinamarca, padre de Christian II, y esposo de Cristina de Sajonia.

Cristina de Sajonia: reina de Dinamarca, de la Casa Wettin, esposa de Juan de Dinamarca, madre de Christian II.

Juan de Oldemburgo: príncipe de Dinamarca, hijo mayor de Isabel de Habsburgo y de Christian II de Dinamarca, hermano de Dorothea y Cristina de Oldemburgo.

Dorothea de Oldemburgo: princesa de Dinamarca, hija de Isabel de Habsburgo y de Christian II de Dinamarca, hermana de Juan y de Cristina de Oldemburgo. Esposa de Federico de Baviera, elector palatino.

Cristina de Oldemburgo: princesa de Dinamarca, hija de Isabel de Habsburgo y de Christian II de Dinamarca, hermana de Juan y de Dorothea de Oldemburgo. Esposa del duque de Milán Francisco Sforza, y al quedar viuda, fue desposada con Francisco I, duque de Lorena.

Isabel de Oldemburgo: princesa de Dinamarca, hermana del rey Christian II y esposa del príncipe elector Joaquín de Brandenburgo.

Federico I de Dinamarca: duque de Holstein, hermano de Juan de Dinamarca y tío de Christian II. Rey de Dinamarca.

Dorothea de Brandeburgo: esposa del rey Christian I y abuela de Christian II.

Christian III: rey de Dinamarca, hijo de Federico I.

Casa Jagellón-Hungría y Bohemia

Ladislao Jagellón: rey de Hungría y Bohemia, padre de los príncipes Luis y Ana Jagellón.

Beatriz de Nápoles: primera esposa del rey Ladislao II Jagellón.

Ana de Foix-Candale: segunda esposa del rey Ladislao II Jagellón y madre de los príncipes Luis y Ana de Hungría y Bohemia.

Luis II de Hungría: rey de Bohemia y Hungría, hijo del rey Ladislao II Jagellón, hermano de la princesa Ana de Hungría y esposo de María de Habsburgo.

Ana Jagellón: reina de Bohemia y Hungría, hija del rey Ladislao II Jagellón, hermana de Luis II de Hungría y esposa del archiduque Fernando de Habsburgo.

Otros

Príncipe de Chimay: amigo de Felipe de Habsburgo y caballero de honor de la archiduquesa Juana en Flandes.

Juan de Jarava: médico de la corte de Leonor de Austria.

Hernando de Jarava: sobrino de Juan de Jarava y confesor de Leonor de Austria.

Fray Tomás de Matienzo: consejero y confesor de la archiduquesa Juana en Flandes.

Madame de Hallewin: gobernanta de los hijos del emperador, Felipe y Margarita de Habsburgo.

Ysabeau Hoen: comadrona de Lier que ayudó en el nacimiento de Leonor de Habsburgo.

María Orselaere: nodriza de Leonor, Isabel y María de Habsburgo.

Josina de Nieuwerne: aya de Leonor de Habsburgo y mecedora del príncipe Carlos.

Juana de Courtoise, Catalina van Welsemsse, Gerina Garemyns: doncellas de Leonor de Habsburgo.

Juana Le Jeune: nodriza del príncipe Carlos (futuro Carlos V), hermano de Leonor, Isabel, María y Catalina.

Ana de Beaumont: dama de honor de Leonor de Habsburgo.

Lope de Garda y Lamberto van der Porte: médicos de la corte y de Leonor cuando niña.

Barbe Serval: aya del príncipe Carlos de Habsburgo.

Floris van Egmont: duque de Borgoña, conde de Büren y Leerdman, señor de Ijsselstein y San Maartensdijk, militar del Ejército de Flandes.

Jorge von Rottal y Frau von Rottal: mayordomos de las princesas María de Habsburgo y Ana Jagellón en el castillo de Viena.

Paula von Firmian: institutriz de las princesas María de Habsburgo y Ana Jagellón en el castillo de Viena.

Konrad y Hans Seusenhofer: armeros de Maximiliano I de Austria.

Hanns Schweinpeckh: caballero austriaco al servicio de la reina María, en Hungría.

Krzysztof Szydłowiecki: canciller polaco.

Nicolás Perrenot, señor de Granvela: consejero de Margarita de Austria y de María de Hungría; canciller de Carlos V.

Señor de Flagy: maestro en la corte de Malinas.

István Verboczy: tutor del rey Luis II y Palatino de Hungría.

István Bathory: regente y palatino de Hungría.

Cipriano Serenthein: canciller del imperio.

Conde Ambrus de Sárkány: embajador del rey Luis II de Hungría.

Ulrich Czettricz: guardaespaldas del rey Luis II de Hungría.

Segismundo von Dietrichstein: embajador del emperador Carlos V.

Lorenzo Orio: embajador veneciano en Hungría.

Juan Zapolya: vaivoda de Transilvania. Rey de Hungría.

Dierick van den Hectwelve: guardajoyas de la corte de Malinas.

Alberto de Habsburgo: duque de Austria. Esposo de Isabel de Luxemburgo y bisabuelo de Luis II de Hungría.

Johannes Cuspinianus: embajador imperial en Buda (Hungría).

Hendrik Bredeniers: profesor de música de las princesas Habsburgo.

Baltasar de Castiglione: embajador de la Santa Sede en España.

Martín de Moxica: tesorero de la corte de España en Flandes.

Doña Elvira de Mendoza: camarera real de Leonor de Habsburgo en la corte de Portugal y luego aya de su hija la princesa María.

François de Buxleiden: arzobispo de Besançon, preceptor y consejero de Felipe de Habsburgo.

Philibert de Veyre: consejero de Felipe el Hermoso.

Juan Rodríguez de Fonseca: obispo de Córdoba y capellán de los Reyes Católicos.

Gómez de Fuensalida: embajador español en Flandes.

Ana de Borgoña, señora de Ravenstein de Duy Veland: guardadora de los príncipes en Malinas.

Don Enrique de Wittehem, señor de Beersel: gobernador y chambelán de los príncipes en Malinas.

Príncipe de Orange, conde de Nassau: teniente general y gobernador de Flandes.

Hugo Bulliaux: escudero de la archiduquesa María de Habsburgo.

Filiberto II de Saboya: duque de Saboya y segundo esposo de Margarita de Austria.

Hughes de Melun: vizconde de Gante, caballero de honor de Felipe de Habsburgo.

Antoine Laclain: señor de Montigny, caballero de honor de Felipe de Habsburgo.

Beatriz de Tábara, Blanca Manrique, María de Aragón y Beatriz de Bobadilla: damas de honor de Juana I de Castilla en Flandes.

Filipota de la Perrière: camarera de los príncipes: Leonor, Carlos, Isabel y aya de María.

Margarita de Poitiers: aya de la princesa María.

Marnix van Saint Aldegonde: secretario de Margarita de Austria.

Catalina de Hermellén: camarera de los príncipes: Leonor, Carlos, Isabel y María y dueña de las doncellas de honor de Leonor e Isabel.

Juan Manuel, señor de Belmonte: valido del archiduque Felipe de Habsburgo.

Juan de Anchieta: maestro de los príncipes.

Pedro Núñez de Guzmán: ayo del príncipe Fernando.

Fray Álvaro Osorio de Moscoso: capellán del príncipe Fernando y obispo de Astorga.

Carlos de Croy, príncipe de Chimay: caballero de honor de Juana I de Castilla.

Diego de Villaescusa: obispo de Málaga.

Juan Rodríguez de Fonseca: obispo de Córdoba, capellán de sus Católicas Majestades y confesor de Juana en España.

Jehenin Bruneau: emisario de Felipe de Habsburgo.

Federico de Baviera: príncipe palatino y asesor de Felipe de Habsburgo. Esposo de Dorothea de Dinamarca.

Philibert de Viere: consejero de Felipe de Habsburgo.

Juan de Witte: fraile dominico, confesor de la princesa Leonor en la corte de Malinas.

Gutierre Gómez de Fuensalida: embajador de España en Flandes.

Adriano de Utrecht: preceptor de Carlos de Habsburgo, y Papa de Roma: Adriano VI.

- Francisco Ximénez de Cisneros:** arzobispo de Toledo y confesor de Isabel la Católica, regente de España.
- Fadrique Álvarez de Toledo:** duque de Alba, y devotísimo del rey Fernando.
- Bernardino de Velasco:** condestable de Castilla.
- Fadrique Enríquez:** almirante de Castilla.
- Guillermo de Croy:** señor de Chièvres, camarero mayor de Carlos de Habsburgo.
- Jean Sauvage:** señor de Escaubecques, mayordomo mayor de Carlos de Habsburgo. Canciller del emperador.
- Pierre de Boisot:** tesorero de Carlos de Habsburgo.
- Luis de Ferrer:** tesorero de la corte de Juana I en España y mayordomo en Tordesillas.
- Gilles de Avelus y Gilles de Bousauton:** mayordomos de la corte de Carlos de Habsburgo en Flandes.
- Juan de Berghés:** procurador del reino.
- Bernardino de Carvajal:** obispo español en Malinas.
- Mercurino Gattinara y Andrea del Burgo:** asesores de Carlos de Habsburgo y embajadores del Sacro Imperio Romano Germánico.
- Jerónimo de Cabanillas y Jaime de Albión:** embajadores del rey Fernando de Aragón.
- Juan Hockenay:** chambelán de Carlos de Habsburgo.
- Germaine de Foix:** segunda esposa de Fernando el Católico y reina de Aragón desde 1505 hasta 1516.
- Duque Carlos de Borbón:** príncipe francés y general de los ejércitos de Carlos V.
- Carlos de Lannoy:** caballero mayor de Carlos de Habsburgo y virrey de Nápoles.
- Don Fernando de Ávalos:** marqués de Pescara y comandante de las tropas imperiales de Carlos V.

Duque Antonio Leyva: general de las tropas imperiales.

Don Íñigo de Velasco: condestable de Castilla.

Eric Valkendorf: arzobispo de Trondheim, Noruega.

Lage Urne, Godske Alhefeld, Birgen de Lund: obispos de Dinamarca.

Mogens Goye: consejero de Christian II.

Albert Jepsen Ravensberg: consejero de Christian II.

Dyveke Willums: joven holandesa, amante del rey Christian II.

Sigbrit Willums: comerciante holandesa, madre de Dyveke y asesora de Christian II.

Pedro de Meldorf: duque, asesor de Christian II.

Paul de Hemmingstedt: conde, asesor de Christian II.

Jens Andersen Beldenak: gran dignatario del reino de Dinamarca.

Matías de Strengnäs: arzobispo de Suecia.

Federico III de Sajonia: llamado el Sabio. Príncipe elector de Sajonia y hermano de Cristina de Sajonia y tío de Christian II.

Axel: jinete de correos del rey Christian II.

Sten Sture: regente de Suecia.

Gustavo Vasa: rey de Suecia.

Alberto de Prusia: primo de Christian II de Dinamarca.

Joaquín de Brandenburgo: esposo de Isabel de Oldemburgo, cuñado de Christian II de Dinamarca.

Felipe de Melanchton: sucesor de Lutero.

Nicolás von Amsdorf y Andrés Bodenstein (alias Carlstadt): teólogos, amigos de Lutero.

Alberto de Brandenburgo: obispo de Brandenburgo.

Juan Tetzl: fraile dominico.

Lorenzo Campegio: legado papal.

Francisco de Lorena: duque de Lorena, segundo esposo de la princesa Cristina de Dinamarca.

Tietgen: consejero danés.

Bartolomé de Carranza y Miranda: dominico, arzobispo de Toledo.

Luis Méndez de Quijada: mayordomo del emperador Carlos V en el Monasterio de Yuste.

Juan de Anchieta y Roberto de Gante: maestros de la princesa María de Habsburgo en la corte de Malinas.

Matías Hunyadi o Matías Corvino: rey de Hungría.

Segismundo I Jagellón: rey de Polonia.

Jorge Podèbrady: rey de Bohemia.

Jan Hus: rector de la Universidad de Praga.

Juan Hunyadi: héroe de la resistencia húngara y regente de Hungría.

György Dózsa: líder de la revolución campesina de Hungría.

Johannes Cuspinianus: embajador de Maximiliano I en Hungría.

Desiderio Erasmo: humanista, escritor, consejero de Carlos V y María de Hungría.

Wilhelm de Rogendorf: mayordomo austriaco del archiduque Fernando de Habsburgo en Flandes.

Segismundo von Herberstein: embajador de Austria en Hungría.

Martín de Guzmán, Velazquez de Arévalos, Señor de Roeux, Señor de Sempí, Señor de Molembais: integrantes de la corte de Fernando de Habsburgo.

Jerónimo van Busleyden: consejero de Carlos V.

Bernard van Orley: pintor de corte en Malinas.

Selim I: emperador otomano, padre de Solimán el Magnífico.

Solimán el Magnífico: emperador otomano, hijo de Selim I.

Tomás Bakócz: arzobispo primado de Esztergom.

György Szathmári: arzobispo primado de Esztergom desde 1521.

Johannes Henckel: predicador de la corte en Buda.

Sah Ismail: rey de Persia.

Francisco de Ávalos: marqués de Pescara, general de los ejércitos imperiales.

Enrique III: rey de Navarra.

Filiberto de Orange: príncipe al servicio del emperador Carlos V.

Juan Zapolya: gobernador de una región de Hungría, vasallo otomano y pretendiente al trono de Hungría.

István Brodarics: el obispo de Srijem, canciller de Hungría y secretario del rey Luis II.

Jean Frangepán: noble croata al servicio de Francia.

Ulrico Zwinglio: líder de la reforma protestante en Suiza.

Andrea Doria: almirante de la flota imperial.

Enrique VIII: rey de Inglaterra, esposo de Catalina de Aragón y padre de María Tudor.

Duque Francisco Sforza: duque de Milán y primer esposo de Cristina de Dinamarca.

Alfonso de Ávalos: marqués del Vasto y de Pescara, general del Ejército imperial.

Barbarroja: pirata turco (Hayr al Din).

Luis Sarmiento de Mendoza: embajador español en Portugal.

Mercator: cosmógrafo de Carlos V.

Fernando Álvarez de Toledo: duque de Alba, general del Ejército imperial.

Doña Elvira de Mendoza: aya de la infanta María (hija de la reina Leonor).

Luis de Ferrer, Hernán Duque de Estrada, Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia: mayordomos de Juana I de Castilla.

Francisca Enríquez: esposa de don Bernardo de Sandoval y Rojas, marquesa de Denia.

Señor de Trazegnies: lugarteniente de Carlos V.

Beltrán Plomón: servidor de la reina Juana I de Castilla y de Carlos V.

Francisco de Borja: paje del cortejo de Catalina de Habsburgo, duque de Gandía y general de la Compañía de Jesús.

Germaine de Foix: segunda esposa de Fernando el Católico.

Bravo, Maldonado, Padilla: dirigentes comuneros.

Juan de Ávila: confesor de la reina Juana.

Doña Margarita de Velasco: dama de honor de Catalina de Habsburgo.

Doña Margarita de Mendoza: camarera de la infanta María Manuela.

Don Juan Martínez Silíceo: obispo de Cartagena y maestro de Felipe de España.

PRÓLOGO

Iluminada por los fulgores del martirio, la vida de María de Habsburgo se descubre majestuosa y habitada de una tremenda fortaleza que la supo sostener ante la adversidad con afectuosa resignación. Fue la quinta hija de Juana I de Castilla la Loca y de Felipe de Habsburgo el Hermoso, hermana de los emperadores Carlos V y Fernando I y de la reinas Leonor, Isabel y Catalina de Habsburgo. Todas las circunstancias que rigieron su vida le fueron impuestas por su familia y por el azar que cinceló con sus acontecimientos la parte más significativa de su existencia. Jamás olvidó aquellos días en que —por orden de su abuelo, el emperador Maximiliano I— tuvo que abandonar Flandes para viajar hacia Austria a prepararse en el idioma y en las obligaciones como futura reina consorte del trono húngaro y más tarde, cuando tuvo que partir hacia ese reino a desposarse con su joven rey Luis II, de la dinastía Jagellón. Aquel esposo que le habían destinado cuando ella era apenas una archiduquesa de seis meses de edad y el futuro rey aún se hallaba en el vientre de su madre. Eran días de agitación y de zozobras, donde las princesas Habsburgo debían cumplir con los mandatos del reino y de la dinastía a la cual pertenecían, sin jamás negarse a cuanto se les pedía o exigía.

La vida le quitó a María más de lo que ella le entregó con abnegación y, al igual que sus hermanas, estuvo jalonada por la obediencia y los renunciamentos perpetuos que transformaron su preciosa niñez y su solitaria juventud en un instrumento político para beneficio del imperio. En realidad, ella jamás pudo disponer de su existencia, siendo su abuelo quien puso los ojos en su porvenir, porque así convenía a su linaje. La noticia de sus esponsales con el rey Luis II de Hungría cubrió a la joven princesita con los esplendores del alba, pero aquella dicha efímera fue rápidamente oscurecida por la inesperada tragedia que se abatió tempranamente sobre su vida entera. Sufrió el desarraigo, la soledad, el miedo y el dolor. Apenada en extremo, tuvo que afrontar los desig-nios que el imperio volvía a trazar sobre ella y temerosa de no tener la capacidad suficiente para estar a la altura de las circunstancias, arriesgó todas sus fuerzas en pos de cumplir con los objetivos que su hermano el emperador le demandaba, gobernando y administrando durante veinticinco años una porción de un imperio donde nunca se ponía el sol.

Hermana predilecta de Carlos V, se profesaron un profundo afecto y una inmensa admiración mutua. Trabajó por los reinos con exclusiva dedicación y entrega, dando sobradas muestras de coraje, constancia y heroísmo, no sólo ayudando al gobierno de los Estados, sino interviniendo en todos los grandes acontecimientos y negociaciones. La Casa de Austria siempre reconoció en ella su brillante inteligencia y su destacada sabiduría para manejarse con arrojo y destreza en el gobierno de los Países Bajos y, apelando a su templanza y a su prudencia, la exhortó a conciliar pretensiones y a cancelar diferencias cuando las hubo, sobre todo cuando la sucesión del imperio suscitó grandes desentendimientos y discordias que se hubieran tornado irremediables de no haber sido prevenidas por sus heroicos esfuerzos. Sin la magnífica energía que la caracterizó y sin su buena disposición puesta desde la niñez al servicio del imperio, es muy posible que el emperador Carlos V no hubiera podido gobernar tan brillantemente los Países Bajos.

Sus últimos años en España, al igual que los de su infancia en Flandes, los compartió junto a sus hermanos Carlos y Leonor.

Abnegada, valiente y voluntariosa, María de Hungría trabajó incansablemente por la unidad de los reinos y de la dinastía en la que había nacido, preservando la unidad religiosa en los Países Bajos y luchando contra las aspiraciones de Francia.

Su vida fue de intenso sacrificio, pero su noble carácter y su capacidad para soportar los dolores hicieron de ella una reina inigualable, con un corazón generoso y un alma digna e inmensa.

La autora
Salta, Argentina, 15 de marzo de 2006
A los quinientos años de la muerte de Felipe de Habsburgo

I

EL SOL VUELVE A OCULTARSE

Desde el Señorío de Cigales, Valladolid, 16 de octubre de 1558.

A mi hermana doña Catalina, reina de Portugal y de los Algarves:

Desde el mes de marzo en que llegué al Señorío de Cigales, he deseado remitiros estas cartas. Cartas que escribí cuando niña a nuestra madre; cuando fui reina de Hungría a Margarita de Austria y cuando fui gobernadora de los Países Bajos a mi hermana Leonor, reina de Francia. Con la muerte de cada una de ellas han retornado a mis manos y ahora, al regresar a Flandes, quiero que queden a vuestro resguardo, como el fiel testimonio de mi vida. Nada más os habrá de quedar de mí y no habrá tampoco mejor cofre que vuestras manos y vuestro corazón para guardarlas. Os las envío para que las conservéis como el mejor de los recuerdos que puedo dejaros, porque en ellas está descrita mi vida, la que he vivido hasta hoy, en que me encuentro devastada. Para mi sobrina —Juana de Austria, regente de España— irán destinados todos mis libros de música. Y para mi sobrino, el rey Felipe II, todas mis obras de arte y mis alhajas. Hace tiempo que les prometí que serían para ellos y ya es hora de dar cumplimiento a las promesas.

Este año del Señor de 1558 ha sido el peor de todos. El 18 de febrero, al marcharse Leonor ante mis ojos, me dejó en la más completa de las soledades. Y hace tan sólo veinticinco días, al morir en Yuste nuestro hermano entrañable, he quedado sola definitivamente. Tan sola como no lo he estado nunca. Ni siquiera cuando murió mi esposo Luis II de Hungría y quedé viuda.

De mis afectos cercanos tan sólo me quedáis vos y Fernando, pero vos os encontráis detrás de la verde frontera que divide el Duero, a muchas jornadas de viaje de aquí; y nuestro hermano Fernando —emperador desde el 12 de septiembre de 1556 en que Carlos abdicó su corona en él y cargo que asumió el 12 de marzo de 1558— vive en Viena. ¿Será que la soledad me hace sentir que voy desfalleciendo cada día, un poco más?

Ante esta situación, el rey de España, Felipe II, me ha pedido, tal vez para animarme o porque lo necesita con urgencia, que regrese a los Países Bajos a hacerme cargo nuevamente de la gobernación (a la que renuncié en 1556 para acompañar a España a Carlos y a Leonor). Desde entonces los tres hermanos fuimos inseparables. Carlos en el monasterio de los Jerónimos en Yuste y Leonor y yo —a escasa distancia— en Jarandilla de la Vera, en el castillo de los condes de Oropesa. Fue como volver a transitar por los días de nuestra niñez... Ahora pienso que fue el tiempo de nuestra despedida... Pero desde que murió Leonor, vivo en el Señorío de Cigales, una villa rodeada de viñedos, huertos y trigales, en el palacio de los condes de Benavente, en la soledad más absoluta. Demasiado débil y melancólica voy sin fuerzas y con los días, preparando mis arcones para el viaje... Partiré hacia Flandes nuevamente porque ya nada me retiene en España. Todos a los que he amado han partido y vos, hermana mía, pertenecéis a Portugal. Os debéis a vuestro reino.

Yo, aún no me resigno. Y mientras os escribo, me parece ver en la penumbra de la sala a Carlos, adoleciendo de la grave y mortal enfermedad que se lo llevó definitivamente. Recuerdo que el 7 de septiembre la inflamación interna de su cuerpo se le deslizó hasta su boca, hinchada y dolorosísima y, al día siguiente sufrió un ataque de dolor espasmódico del cuál salió con una palidez mortal. No obstante todos sus dolores, el 9 de septiembre oyó la lectura del codicilo de su testamento frente a los testigos don Luis Méndez de Quijada, fray Joan Regla, don Garcilaso de la Vega y Guzmán, el juez de Su Majestad, don Francisco de Murga sus médicos don Cornelio de Bardsdorp y don Enrique Mathisio y su ayuda de cámara, Guillermo de Malle. El 10 de septiembre llamó a don Garcilaso de la Vega y Guzmán para que le comentara sobre los encargos confiados a su cuidado en Cigales, donde resido.

En esos días recibí en dicho señorío, en el palacio de los condes de Benavente, la visita del arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza y Miranda, dominico ordenado con ese cargo el 27 de febrero de este año, en el convento de Santo Domingo en Bruselas y que había sido hasta esa fecha consejero del imperio en Flandes. Recién arribado, llegó para rogarme con grandes exhortaciones que me hiciese cargo de la gobernación de los Países Bajos. No había consentido en la propuesta, fundamentada en las dolencias y tristezas que me abstraían de las cosas del mundo y me dejaban absorta ante las cosas del cielo. Nuestro sobrino, Felipe II, nada había conseguido de mis labios, más inclinados desde la niñez a obedecer al emperador a quien consideraba mi segundo padre, pero oídas sus instancias, prometí viajar a Flandes a fin de iluminar con mis consejos al rey en sus primeras resoluciones y a sostenerlo con mi fortaleza —aunque me marche abatida y sin fuerzas— en tan peligrosa transición. Y debo deciros, mi buena Catalina, que me siento en paz, porque mi aceptación al cargo de gobernadora de los Países Bajos fue una de las últimas alegrías que tuvo el empera-

dor en este mundo. Seguro de mi sentimiento, me sonrió con verdadera satisfacción al saberlo de mis labios.

El 11 de septiembre lo sorprendió postrado con una extrema debilidad que parecía que la muerte estaba llegando y esa debilidad lo abatió hasta el día 16, en que llegó vuestra carta con anuncios de haber ordenado rogativas por su salud imperial en todas las iglesias portuguesas. Aquella misiva lo mejoró. Era la mejoría de la muerte, porque sus convulsiones, fiebres altas, vómitos, inflamaciones y delirios anunciaban su inevitable fin. Pero el 19 de septiembre hubo una gran porfía entre sus médicos y el mayordomo mayor, deseosos los galenos de darle la extremaunción y don Luis Méndez de Quijada de impedirlo, por temor a que le acongojaran sin necesidad y sin motivos. El buen mayordomo buscaba para el emperador que nada le angustiara en sus últimos momentos. Así estuvo todo el día negándose incluso a que le practicaran medicinas extremas que lo hicieran sufrir. Pero a las nueve de la noche cedió y el fraile Joan Regla, entrando en la estancia con la extremaunción en sus manos, ungió fervoroso a nuestro moribundo hermano. Luis Méndez de Quijada no podía contener tanta tristeza. Recordaba a Carlos entre las nubes de polvo en medio de la guerra como un César inmortal, rodeado por la muerte y él siempre victorioso, que pensaba que jamás podía morir. Así, cuando los médicos le anunciaron que en poco tiempo expiraría, su mayordomo intuyó que aún le restaba un poco más de vida. Y así fue. El 20 de septiembre, al amanecer, recobró el sentido y él habla y don Luis Méndez de Quijada no se apartó ni un instante de su lado. Al recobrar sus sentidos se concentró en todo lo relativo a la eternidad que le aguardaba y en las últimas minuciosidades para su último viaje. Lo primero que hizo fue despedir afectuosamente a todos cuantos le rodeaban (pidiendo que rezáramos por su alma), a excepción de su mayordomo y de mí. Cuando todos partieron, yo lo tomé de la mano y mirándome a los ojos me habló. Me pidió que fuera fuerte y que sostuviera en la transición a su hijo Felipe en el gobierno de los reinos de España y de los Países Bajos. Me volvió a expresar el inmenso cariño que siempre había sentido hacia nosotras, sus hermanas, y yo, en un gesto de eterno agradecimiento, inclinándome le besé en la frente y le ayudé a persignarse. A su lado recé las letanías del buen morir, aquellas que unos meses antes había pronunciado en retahílas constantes frente a la agonía de Leonor. Al terminar las oraciones en latín y para que no viera el llanto de mis ojos, me marché deprisa. Don Luis Méndez de Quijada, desconsolado por la pena, al quedar solos, cayó de hinojos a los pies del lecho y con el rostro hundido sobre la cubierta irrumpió en un llanto incontenible. Pero él, con la fortaleza espiritual que siempre lo caracterizó, le dio palabras de consuelo y le dijo que había que aceptar que su hora estaba llegando. Yo regresé a su lado con presteza.

Viéndose morir, pidió que le trajesen el crucifijo de plata con que había muerto la emperatriz, su querida esposa Isabel. Desde

aquella fecha lo llevaba siempre consigo, como aguardando el momento, junto a nueve velas blancas, probablemente procedentes de Montserrat, reservadas igualmente para el instante postrero. Todos le acompañábamos con los cirios encendidos y, con pleno juicio, tomó en una mano su vela y en la otra el crucifijo, diciendo: «Ya es tiempo».

Luego pronunció: «Jesús». Todos pudimos oírlo, pero fue lo último que dijo y expiró. Eran las dos y media de la madrugada del 21 de septiembre de 1558, miércoles y fiesta de San Mateo. Su voz había callado para siempre y el sol había vuelto a ponerse en el horizonte de su imperio.

Al momento de morir, llegó hasta mi mente un torbellino de recuerdos. Recuerdos de nuestra infancia que arrancaron de mis ojos un mar de lágrimas sin que pudiera contenerlas. Veía a Carlos con nueve años —y yo con cuatro— entrenándose en el uso de las armas con su espada y su lanza de madera, columpiándose sobre un caballito de colores, entre sus maestros de esgrima y de equitación, recibiendo de sus labios las sabias instrucciones. Recuerdo que yo miraba con asombro y temor sus corceles de madera, porque pensaba que por las noches, cuando los relojes dieran sus doce campanadas anunciando el inicio de un nuevo día, los juguetes se animarían y vendrían en nuestra búsqueda y en un delirante galopar sus caballitos de juguete conseguirían derribarme. Sabiendo de mis temores, mi hermano trataba de atemorizarme amenazándome con perseguirme y yo, vestida con mis rígidas faldas largas y una cofia blanca sobre mi cabeza, corría aterrorizada hacia los brazos de tía Margarita que me cobijaba y consolaba, amonestando a Carlos por hacerme llorar... Desde pequeña lo he admirado y aquellos dulces recuerdos de nuestra niñez hicieron mucho más duros los últimos instantes frente a su cuerpo inerte...

Os confieso que las muertes de Leonor y de Carlos me han dejado el alma destrozada, sin fuerzas ni ánimos para continuar viviendo... Tal vez no logre recuperarme... Viéndoles agonizar, en ese lento desprendimiento de la vida, me olvidé hasta de mi propia existencia... principalmente porque durante veinticinco años goberné los Países Bajos en nombre de nuestro hermano el emperador, tratando de ser su humilde servidora y, volviéndome su sombra, busqué llevar adelante sus mandatos cumpliendo con su voluntad y obedeciendo todo cuanto me ordenaba, para el buen gobierno y unidad de sus Estados. El emperador se terminó convirtiendo con el tiempo en el centro de mi vida, en torno al cual ella giraba. Os confieso que lo he admirado siempre muy profundamente y ahora, al faltarme, siento que he perdido la brújula de mis días. Tal vez sea el desasosiego al que la muerte nos somete y un día alcance a recuperarme, pero me siento demasiado triste y cansada y no estoy segura de lograrlo.

Esta será la última carta que os escribo antes de partir dentro de una semana hacia los Países Bajos, pero en ella encontraréis

detallados mis últimos años. Leedlos sobre el final, como corresponde a la cronología de estas cartas. Antes, os recomiendo, leed el resto de las misivas para que podáis tener una idea cabal de mi existencia. Y dado que nunca la vida nos dio la posibilidad de compartir juntas nuestro tiempo, al menos podréis tener a través de ellas una idea acabada sobre mi persona.

Las he ordenado por fechas —desde la primera, escrita a la edad de diez años a nuestra madre, recluida en Tordesillas— hasta la última.

Al concluir las, me habréis conocido definitivamente. En ellas van expresadas todas mis vivencias y mis sentimientos, aquellos que han hecho de mí lo que soy. Entonces vos también, Catalina, habréis vivido sin vivir junto a mí mi vida, esperando sin esperar los venideros instantes de mis días, un presente no compartid pero conocido, que siempre será pasado pero también futuro, porque viviré en vuestro recuerdo eternamente...

Debo confiaros que, desde que comenzaron a grabarse en mi memoria mis primeros recuerdos, en los incipientes tres o cuatro años de mi infancia, y hasta llegar a ser la *petite archiduchesse* de diez años de edad —como me llamaba entonces cariñosamente nuestra tía Margarita—, me mantuve abocada a la primordial tarea de aprender a escribir correctamente en idioma francés. A decir verdad, deseaba comenzar a comunicarme con nuestra madre, separada forzosamente de nosotros —sus hijos flamencos— aquel tormentoso 7 de enero de 1506. El amargo destino la obligó a partir hacia España junto a nuestro padre, para asumir como reyes herederos el trono de Castilla. Trono que le dejó en herencia su madre —nuestra abuela, la reina Isabel la Católica— antes de morir aquel aciago 26 de noviembre de 1504. Por aquellos días, Leonor acababa de cumplir sus siete años, Carlos se aprestaba a celebrar su sexto cumpleaños, Isabel tenía tan sólo cuatro años y medio de edad y yo, en diez días, iba a cumplir mis cuatro meses de vida... Debido a mi escaso tiempo de existencia nunca pude conocer a nuestros progenitores porque ocho meses más tarde, el 25 de septiembre de 1506, nuestro padre moría en Burgos inesperadamente, dejando a nuestra madre —la reina de Castilla— desconsolada y en estado de buena esperanza de vuestra palpitante vida, querida Catalina. Vida a la que llegaríais en la lejana población de Torquemada aquel crudo 14 de enero de 1507, entre llantos y fríos, cuando yo recién comenzaba a dar mis primeros pasos por las acristaladas galerías de Malinas, tomada de la mano de nuestra tía Margarita de Austria. Llegabais al mundo en la misma tierra española en la que cuatro años antes había nacido, en Alcalá de Henares, en un ventoso 10 de marzo de 1503, nuestro hermano Fernando, en aquellos días en que nuestros padres —obligados por las circunstancias— habían viajado por primera vez a España, para ser jurados como sus príncipes herederos.

Todo lo que acabo de describiros entre nostalgias y consternación lo supe con el tiempo de labios de nuestra tía Margarita,

archiduquesa de la Casa de Austria y, desde aquel 17 de abril de 1507, por orden de nuestro abuelo Maximiliano I, regente de los Países Bajos. Profundamente emocionada asumió el cargo que le hubiera correspondido a nuestro difunto padre ante el solemne Consejo de los Estados Generales reunidos en Lovaina, con la brillante personalidad y el carisma que la distinguían y que le otorgaban la seguridad y el estilo de vida que siempre ha diferenciado a su corte de Malinas del resto de las cortes europeas.

Después, con el tiempo, la palabra distancia fue como una lápida de mármol que los años pretendieron tornar en sepulcro sobre el recuerdo lejano de nuestra joven madre, tratando de impedirnos revivir en nuestra memoria los días en que felices compartíamos con ella nuestra infancia. Nosotros, sus hijos, éramos la cancelación de un tiempo lejano y dichoso que jamás volvería a recobrar el deleite de ser revivido y nos transformaríamos, desde entonces, en el centro mismo de su venturoso pasado, siendo la fiel confirmación de su ayer más feliz. Éramos el resumen más perfecto de su vida, dedicada por entero a amar a nuestro padre con total devoción y entrega. Sin embargo, por aquellos días, nosotros lo ignorábamos.

¡Cuántas cosas nos separaban de vosotros y cuántas diferencias!

Recién cuando fui una jovencita que se interesaba por saber la historia de nuestra familia pude comprenderlas y desde entonces no dejé nunca de hacer comparaciones. Acostumbrada, como algo natural, al lujo de nuestra corte, no podía imaginarme la aridez de aquellos interiores despojados de brillos y esplendor del castillo de Tordesillas, en donde malvivíais recluida junto a nuestra madre —desde aquel aciago mes de febrero de 1509— cuando por una orden de nuestro abuelo, el rey Fernando de Aragón, el Católico, fuisteis forzadas a entrar dentro de aquella fortaleza y luego con viles engaños encerradas bajo doble llave. Por muchos años, desde España, hicieron lo posible por ocultarnos la verdadera situación en que vosotras os encontrabais. Recuerdo que al conocer vuestra cruel realidad, me asomé y entristé y comencé a preguntarme cómo era que lograbais soportar aquel desalmado aislamiento al que con tanta animadversión y dureza os sometían. Aislamiento que llegó felizmente a su fin en vuestra vida cuando fuisteis elegida por nuestro hermano, el emperador, para ser coronada como reina consorte de Portugal, por vuestros esponsales en el año del Señor de 1525 con nuestro primo, el rey Juan III de la Casa de Avis. A partir de aquella fecha pudisteis vivir dignamente como lo merecíais —es decir, como una verdadera soberana— en el opulento ambiente de la corte portuguesa. Sin embargo, a nuestra madre nunca le fue permitido salir de aquel desventurado encierro.

Leonor, Carlos, Isabel y yo nacimos en la corte flamenca y crecimos y fuimos educados en el suntuoso palacio de Malinas —palacio que estaba rodeado de verdes parques y floridos jardi-

nes— supervisados bajo la atenta mirada de nuestro abuelo y arropados por la ternura inagotable de su hija Margarita. Cuando murió nuestro padre, Maximiliano I parecía haber redoblado sus esfuerzos por brindarnos una esmerada educación y durante la minoría de edad de nuestro hermano Carlos, ejerció la regencia del ducado de Borgoña, como años antes lo había hecho en nombre de nuestro padre, al quedar huérfano de su madre, la duquesa María de Borgoña.

Nosotros éramos los cuatro pequeños archiduques de la Casa Habsburgo y a quienes el imperio debía educar en las artes y en las ciencias, en el estricto deber de gobernar y en el ceremonioso protocolo borgoñón, heredado de nuestros antepasados, para que algún día, según lo dispusiera el emperador, pudiéramos defender nuestra divisa en algún reino lejano, por el bien del imperio al que pertenecíamos. Recuerdo que los respaldos de nuestros bancos de estudio estaban decorados con los blasones y escudos de armas de la dinastía que representábamos, pintados en brillantes colores y así, sentados frente a una gran mesa de madera lustrada, aprendíamos junto a nuestros preceptores a escribir, a leer y a comportarnos. Ellos controlaban todas nuestras actitudes, desde la mirada, la sonrisa y las palabras, hasta los silencios, los modales, la forma de caminar o detenernos. Durante las clases a las que asistíamos, los maestros abrían solemnemente unos inmensos libros de hojas apergaminadas, forrados en terciopelo color carmesí, donde nos iban mostrando de una en una todas las letras del alfabeto. Nuestro asombro se tornaba inagotable ante el influjo de la deliciosa sensación de estar presenciando fórmulas mágicas que nos iban abriendo la mente hacia una gran sabiduría. Las mayúsculas iluminadas por tintas de oro se entrelazaban con las minúsculas enaltecidas por matices púrpuras y añiles y de ese modo se iban formando las primeras palabras que aprendíamos a escribir, guiados por la mano de aquellos hombres sabios. Yo no podía comprender cómo lo que entraba por los ojos en silencio, podía salir por la boca convertido en un sonido que tuviera sentido y valor y que sirviera para comunicarnos. Lo que más me sorprendía era que todos comprendiéramos el significado de cada palabra y para todos representara lo mismo. Recuerdo que un día, extrañada, pregunté al maestro.

—¿Qué voy a hacer, señor, si alguien utiliza palabras que yo desconozco?

—No temáis, Alteza. Cuando pasen los años y vayáis creciendo, iréis aprendiendo el significado de la mayoría de los vocablos que contiene nuestra lengua. Ahora estáis preocupada porque existen muchas palabras que aún no conocéis, pero eso sucede porque sois pequeña. Con el transcurso de la vida llegaréis a comprender la mayoría de todas ellas y podréis hablar con adjetivos que al día de hoy os resultan extraños y desconocidos.

Un poco más serena con aquella respuesta, la primera palabra que les pedí a mis preceptores que me enseñaran a escribir recuerdo que fue «mamá».

Durante las largas tardes en que se desarrollaban nuestras clases, llevaba conmigo unas hojas en blanco y en las pausas entre clase y clase practicaba el estilo de mi letra. Comencé por aprender cómo realizar la mejor minúscula y la más elegante de las mayúsculas y empecé a reconocer los diferentes modos de escritura. Después con los años comprendí que la primera palabra que se aprende a escribir jamás se olvida. Asimilé que todo lo que se promete con palabras siempre debe cumplirse. Advertí que no se debe cansar con nuestras palabras y que ellas por sí solas no comunican, porque deben llevar dentro el sentimiento que las anima. Que es importante saber escuchar, ese acto de deferencia por el cual una persona se entrega a la palabra de otra, haciéndose asequible, sensible y depositaria de ella. Que nunca se rebaja tanto el nivel de una palabra como cuando se la pronuncia a gritos. Que las mejores palabras son aquellas que nos dejan en el alma un sentimiento agradable. Y que las palabras dichas con sabiduría calan hondo en el espíritu de quien las escucha. Que uno es dueño de sus propias palabras y que por ellas será juzgado. Que de la abundancia del corazón se expresa la boca. Que las buenas palabras hablan de quien las pronuncia y que siempre es importante saber cuándo es preciso callar. Que hay palabras que iluminan y otras que oscurecen y que cada una cobra verdadero significado dependiendo de los sentimientos de quien las anima.

En el tiempo de recreo, ese breve respiro que nuestros preceptores nos daban en el duro trabajo de aprender y prepararnos para la vida futura, mientras mis hermanos jugaban o charlaban, yo trataba de ejercitarme sobre mis hojas en blanco. Al principio me costaba entrelazar unas letras con otras, pero a fuerza de esmeros alcancé a reconocer todo el abecedario antes de que llegaran a enseñármelo por completo y a escribir frases complejas que dejaron a mis preceptores absortos de asombro.

Recuerdo el día en que los profesores frunciendo sus ceños se hablaron entre ellos en voz muy baja y luego el más anciano, llamado Luis de Vaca, tomando la palabra se dirigió hacia mí con un gran gesto de amabilidad.

—Alteza, permitidme deciros en nombre de todos vuestros maestros, y a quienes por elección represento, que vuestro carácter vislumbra una gran determinación, seguridad y perseverancia. Acabáis de darnos el mejor de los ejemplos al demostrarnos que nunca evadís un problema, que no teméis al peligro y que demostráis una asombrosa resistencia. De vuestro gran esfuerzo serán informados puntualmente y a la brevedad vuestro abuelo el emperador, y vuestra tía, la archiduquesa Margarita de Austria. ¡Os felicitamos sinceramente!

Yo estaba colmada de sano orgullo. El esfuerzo había valido la pena y había servido para elevar por lo alto mi buen concepto,

aunque para lograrlo hubiera tenido que renunciar a mis recreos. Toda la voluntad puesta al servicio de alcanzar mi cometido había dado sus valiosos frutos. Tenía la sensación creciente de que si algún día al marcharme no volvía a ver a mi abuelo o a mi buena tía, al menos me recordarían por haber puesto mi arrojito al servicio de ser la mejor reina posible. Todos los preceptores jóvenes o viejos, flamencos o extranjeros que entraban a la corte de Malinas contratados por nuestra tía para que nos brindaran una sobresaliente educación, lo habían advertido, y pensé que, a pesar de ser la más pequeña de la casa, había hecho algo maravilloso por el bien del imperio.

—Gracias, señores —dije poniéndome de pie al lado del banco—, jamás pensé que mi esfuerzo sería tan atentamente valorado.

Los maestros inclinaron sus cabezas en señal de aprobación y sonrieron al oír mis palabras. Al salir de la clase volvieron a felicitarme y me explicaron la gran satisfacción que sentían por mi buen desempeño y que deseaban comunicarle cuanto antes al emperador lo bien que se desenvolvía mi preparación como futura reina consorte.

—No tenía idea de que os alegraríais tanto con mis progresos —dije al despedirme y mirar sus rostros sabios e inteligentes llenos de bondad.

—Seréis una gran reina para Hungría —exclamó uno de ellos y abarcó con su mirada el amplio paisaje que se extendía detrás de los cristales.

—Eso espero —dije emocionada.

Estudiar no me costaba nada. Me encantaba escribir, aprender, mientras se escuchaba afuera el canto de los pájaros. Me encantaba saber que el concepto sobre mi persona iba a subir en la estima de mis maestros, porque eso significaba que las responsabilidades del imperio serían mayores sobre mis hombros.

De pronto pensé en vos, querida Catalina, que al igual que nuestro hermano Fernando habéis nacido en suelo español, dentro de la austera corte castellana y a quien desde vuestros dos tiernos años de edad —mientras Fernando crecía y se educaba bajo la sagaz supervisión de nuestro abuelo, Fernando de Aragón el Católico— os habían recluido junto a nuestra madre y, cual un cautiverio disimulado, os habían forzado a vivir en aquel solitario castillo de Tordesillas. Tordesillas no era Malinas. Allí no había brillos, ni mármoles, ni oros. No había espejos, ni copas de cristal, ni cubiertos de plata y os obligaron a comer en cuencos de madera. Tampoco tenía verdes parques, ni fuentes de aguas claras, ni jardines floridos. El vetusto castillo se levantaba en medio de una reseca llanura de pastos desgarrados, rodeado por un foso sombrío lleno de agua oscura y cercado por altas y polvorientas murallas donde por las noches siseaban los búhos y el viento se filtraba con sus agudos silbidos por entre las rendijas de sus puertas y ventanas de maderas resacas. Y aunque a vuestro lado religio-

sas y preceptores os abrían los caminos de la sabiduría y de la espiritualidad, para que llegarais a ser algún día la gran reina que soís, la soledad y el encierro os iban aislando cada vez más del mundo, al igual que a nuestra adorada madre...

Recuerdo que, estremecida de dolor y de sorpresa al saber de vuestra triste y solitaria existencia, pregunté un día a nuestra tía.

—¿Por qué la Casa Habsburgo desea que nuestros hermanos, Fernando y Catalina, crezcan y se eduquen tan alejados de nosotros?

Era una mañana soleada de fines del verano de 1515... El día del Señor señalaba 17 de septiembre, día de mi décimo cumpleaños... Mientras aguardaba el instante de comprender aquellas secretas y hasta entonces misteriosas diferencias, Leonor estudiaba historia en un viejo libro amarillento y tía Margarita y yo bordábamos un tapiz flamenco con finísimos y deslumbrantes hilos de oro.

—¿Qué queréis decir, *ma petite archiduchesse*? —me respondió nuestra tía con una mirada de asombro.

—¿Por qué no los educan en Malinas, junto a nosotros?

—Imposible. Jamás podríamos hacerlos venir a Flandes mientras viva vuestro abuelo, Fernando de Aragón. Las circunstancias fortuitas de sus nacimientos en tierras castellanas los han obligado a permanecer en España. Ellos son príncipes castellanos. Y no está mal la decisión que ha adoptado la Corona de aquel reino, porque cada uno de vosotros deberá tener algo que lo distinga y atraiga, para que se convierta en el futuro en el centro de todas las miradas. Es en vuestra singularidad y dignidad donde se encuentra lo que hará de cada uno de vosotros, los príncipes herederos de la Casa de Austria, un buen soberano o una buena reina consorte...

La miré a los ojos. Su mirada clara y bondadosa reconfirmaba sus buenos pensamientos y me descubrí dichosa en su sonrisa. Ella era la fiel imagen de mi padre, y yo, de él.

—Lleváis razón, querida tía y debo reconocer lo acertado de vuestra respuesta.

—No es mi razón, querida María, son las circunstancias. Dos nacimientos en España y todo lo que los alumbramientos reales en otro reino acarrearán. ¿Veis, *ma petite archiduchesse*? vosotros seréis el día de mañana cuatro príncipes flamencos, religiosos, fastuosos e ilustrados, en tanto ellos serán dos príncipes españoles, devotos, austeros y disciplinados.

—¿Y eso qué significa?

—Que vuestro futuro estará asegurado y que la Casa de Austria hará lo posible por extender lazos de alianzas matrimoniales con casi todos los reinos de Europa... ¡Menudo conjunto de herederos tendrá el día de mañana la dinastía Habsburgo!

Sonreí feliz al escuchar a tía Margarita. Siempre me hacía reír. Miré a través de los cristales de la ventana y vi que nuestro hermano Carlos y dos de sus instructores regresaban a caballo de una partida de caza y entraban a las caballerizas... —El 5 de enero de 1515, Carlos había sido proclamado mayor de edad y se había

convertido en duque de Borgoña— Leonor continuaba concentrada, estudiando, sin levantar su vista... e Isabel... mi adorada y lejana hermana... hacía ya dos meses que había partido obligada por nuestro abuelo hacia Dinamarca, a desposarse con el rey Christian II, veinte años mayor que ella... Con el tiempo, Leonor se marcharía con nuestro hermano Carlos a España y se desposaría con el rey Manuel I de Portugal (padre de vuestro esposo y viudo de nuestras dos tías maternas, las reinas Isabel y María) y yo, siendo apenas una niña de doce años, debería comenzar a desandar mi destino, emprendiendo como nuestra hermana Isabel, por una orden imperial de nuestro abuelo Maximiliano, mi camino hacia el Oriente. La primera etapa de mi destino como futura reina de Hungría y Bohemia sería Viena, en Austria, ciudad donde el emperador deseaba que fuera preparada en los idiomas húngaro y checo y en la etiqueta y el protocolo que correspondía a aquellos reinos. Después de residir cinco años en Austria, partiría hacia Bohemia a desposarme con el rey Luis II de Hungría, a quien había sido destinada por deseo de nuestro abuelo, aun antes de que él naciera...

En aquel momento la puerta del salón se abrió y apareció Carlos, que se quedó de pie parado en el umbral, riendo con la vivaz alegría de un joven heredero...

—¡Estáis sitiadas! —pronunció entre risas—. Venía a ver qué estabais haciendo para sorprenderos y a contaros que hoy, después del almuerzo, se celebrará una lid en los prados del palacio. ¡Estáis invitadas!

Los jardines que rodeaban la heredad de Malinas eran extensos, salpicados de glorietas y de añosos árboles, de graciosas fuentes donde bebían los pájaros y de frondosos setos de apretadas flores. Después de aquel edén, se extendían los parques, donde nuestro hermano acostumbraba a salir de caza en busca de codornices (las que le agradaba comer en escabeche, siendo este uno de sus platos favoritos), y más allá, donde la vista se perdía detrás de los umbrosos bosques, se ensanchaban los prados despejados, cubiertos de verdes pastos donde el heredero celebraba sus torneos bajo la brillante luz del sol.

—¡Qué sorpresa nos habéis dado! —rió tía Margarita— ¡y qué agrado veros tan temprano de regreso! Debéis saber que aunque nos hayáis sorprendido, nunca nos atraparéis sin hacer nada. Nuestras manos y nuestras mentes nunca están ociosas, porque la labor constante ayuda a superar y a vencer los mayores obstáculos y las más grandes alegrías de la vida no son las que nos apartan del trabajo, sino las que se avienen a él. ¡Y los que se pierden la alegría de una esmerada labor se pierden algo demasiado importante!

Carlos, desde el umbral, volvió a reír de buena gana y entró dentro del salón donde nos encontrábamos.

Sus asesores entraron tras él y se inclinaron ante nuestras manos.

—¿Vais a venir vosotras? —preguntó nuestro hermano a tía Margarita.

—Desearía, mas me temo que no podré... debo revisar unos despachos.

—Y yo sospecho que tampoco, debo estudiar para mañana, para mi clase de historia —respondió Leonor.

—¿Y vos, querida María, vendréis a presenciar el torneo? —interrogó mi hermano con incertidumbre.

—Lo anhelo, mas no creo que pueda. Pero no os preocupéis por mí —le dije con una graciosa inclinación de cabeza—. Deseo escribir una carta.

—Me sorprendéis, hermana.

Levanté mi cabeza de la labor que estaba realizando y le sonreí.

Carlos volvió a reír ante mi comentario y tía Margarita acercándose confidencialmente, me susurró al oído.

—Creo que lo ha olvidado.

Hubo un silencio repentino. Carlos estaba prestando atención a tía Margarita y a mí y ya no miraba a Leonor que seguía abstraída en su lección de historia. Yo asentí.

—Sí, no hay duda, lo ha olvidado —respondí riéndome de aquel descuido del futuro heredero.

Carlos hizo un gesto de asombro. Sabía que jamás olvidaba una fecha importante, habituado al manejo que la Casa Habsburgo hacía con anticipación de las tareas y actividades que correspondían a cada jornada.

—¿Qué cosa he olvidado? —preguntó con curiosidad.

—Que hoy es mi cumpleaños —respondí precipitada.

—¿Y cuántos años cumplís? —me preguntó con cierta picardía en su mirada.

—Por si no lo recordáis, hoy cumplo diez años.

—Sois una princesita muy afortunada —respondió guiñándome un ojo y, sacando de su bolsillo un cofre de terciopelo color verde esmeralda, lo abrió y me mostró un brazalete de perlas, unidas a través de unos magníficos eslabones de oro cincelados con el escudo de nuestra Casa Habsburgo y un broche de brillantes—. ¿Qué os parece? ¿Os gusta?

Yo afirmé con mi cabeza, ante la imposibilidad de pronunciar una palabra. La joya me había dejado sin habla, siendo mi sorpresa inmensa.

—¡Me encanta! —alcancé a pronunciar y me abracé a mi hermano, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Es para vos, querida María. Os la merecéis.

Fue difícil mantener mi mentón en alto y la seriedad en mi rostro. Y no pudiendo contener la risa, volví a abrazarlo con cariño.

—¡Verdaderamente lleváis razón!... Soy una princesita afortunada al tener un hermano como vos, querido Carlos —dije, mientras me probaba el brazalete en mi mano izquierda y saludaba

como si fuera una reina sentada dentro de su carroza—. ¡Mil gracias!

—El afortunado soy yo, de tener una pequeña hermana como vos, inteligente y despierta —exclamó con una carcajada repentina—. Y nada debéis agradecerme.

Tal vez su carcajada fue una señal, porque de inmediato entraron al salón donde nos encontrábamos un par de músicos con violines y, ante una indicación de Carlos, comenzaron a ejecutar una melodía alegre y rápida. Mi hermano con una profunda reverencia me invitó a bailar. Yo apuré mis pasos en puntillas de pie y mientras con mi mano izquierda levantaba con gracia un ligero pliegue de mi rígida falda, con la derecha tomaba la mano de Carlos y comenzaba a girar. Leonor, puesta de pie de un brinco, comenzó a reír y a dar vueltas a nuestro alrededor danzando más rápido, mientras tía Margarita había dejado su labor y batía las palmas con alegría, risueña y feliz.

Me resultaba gracioso y embriagador girar como si fuera una veleta sobre un molino de viento. Carlos guiaba mis pasos y tarareaba con euforia aquella alegre melodía. Entre giros y reverencias confieso que terminé mareada y con urgencia corrí a sentarme nuevamente en el sillón.

—Mis diez años han llegado con muchas sorpresas —le dije a Carlos que me miraba sonriente—. Tía Margarita me ha regalado un precioso vestido bordado con flores de tulipanes y un tocado haciendo juego y Leonor me ha obsequiado una muñeca de Malinas vestida a la usanza húngara.

—¡Cuánto me alegra que os sintáis feliz! ¿Pero vendréis conmigo al torneo? —volvió a insistir Carlos.

—Me temo que no.

—¿Pero por qué?

Me quedé mirándolo.

—No puedo. Tengo que cumplir una promesa.

—¿Y es tan importante esa promesa que os impide asistir?

—Debo escribir una carta. Una carta que me he prometido a mí misma escribir el día de mi décimo cumpleaños.

—¿Una carta? —preguntó mi hermano sorprendido.

—Como lo habéis oído. Una carta para la cual he venido preparándome desde hace tres años. Y como he hecho votos de que el día que cumpliera mis diez años la escribiría, hoy es el día...

—¿Es una carta para el príncipe Luis de Bohemia y Hungría, vuestro prometido? —preguntó nuestro hermano con curiosidad.

—¡No! No es para el príncipe Luis. ¿A ver si lo adivináis?

—Ya lo sé. Es para nuestro abuelo Maximiliano, por no haber enviado aún su regalo por vuestro décimo cumpleaños.

Sonreí para mis adentros. Pensé que Carlos pronto lo adivinaría. Nuestra madre era la persona más importante en nuestras vidas ¿cómo era posible que lo hubiera olvidado?

—Tampoco... —dije como al descuido— como sigáis por ese sendero, me temo que no habréis de adivinarlo.

—A ver... a ver... ya lo descubrí —dijo nuestro hermano pensativo y se quedó por un instante mirando el artesonado del techo —. ¡Lo adiviné! Le escribiréis al pintor Bernard van Orley para que os pinte un retrato.

—¡No! Está visto que no vais a poder adivinarlo. ¿Os dais por vencido?

—¡Jamás! —dijo Carlos— La carta será para Jan Gossaert, para que os haga un grabado.

—No. No es para él. ¿Os dais por vencido de una buena vez?

—¡No tendré más remedio! Verdad que sois muy inteligente, pues no me habéis dado trazas, márgenes o claves para que pueda adivinarlo.

—¡Así es! ¡Deberéis reconocer que soy más inteligente que vos! —dije soltando la risa que ya no podía contener.

Todos rieron al mismo tiempo por mis ocurrencias. Hasta los dos asesores que se hallaban sentados escuchando nuestro diálogo no pudieron dejar de hacerlo. Entonces proseguí.

—La carta no es para mi prometido, ni para nuestro abuelo, ni para los pintores de la corte. Tiene un destino mucho más importante y más lejano.

—¿Alguna ayuda o sugerencia? —preguntó Carlos.

—Es para nuestra madre, recluida en Tordesillas.

La sonrisa de Carlos se borró de su rostro. Entonces levantando su vista hacia tía Margarita, preguntó.

—¿Qué sucederá? Algo tiene que suceder, pero ¿qué será? —Y se quedó pensativo. Luego volvió a preguntarme— ¿Y es buena vuestra caligrafía?

—Lo es. Me ha llevado tres años aprender a escribir correctamente. Por eso esperaré hasta hoy.

—¡Ah! entonces *petite archiduchesse* ¿escribiréis en vuestro correcto latín o en vuestro impecable francés? —interrogó amablemente nuestro hermano y me volvió a sonreír.

—Podría hacerlo en cualquiera de los dos idiomas, pero he decidido que lo haré en francés.

—Decidle a nuestra madre que estamos impacientes por volver a verla —dijo Carlos con afecto—. ¡Qué lástima que ninguno de nosotros sepamos hablar y escribir en español!

—Por supuesto que lo haré —contesté ansiosa—. Y os prometo que algún día hablaré correctamente el idioma español.

Carlos se inclinó ante nosotras con una pequeña reverencia, volvió a besarnos y se marchó, seguido por sus dos asesores.

Anhelante, aquel mediodía no quise esperar para almorzar con tía Margarita y mis hermanos y tomé una colación frugal... Les pedí que fuera en la hora de la comida donde nos reuniéramos en familia para celebrar mi cumpleaños... En realidad sólo deseaba festejar después de escribir mi ansiada carta a nuestra madre lejana... el único festejo para mi corazón era poder comunicarme con ella, decirle cuánto la amaba y que, a pesar de no habernos conocido, tía Margarita se había encargado de que la amáramos profun-

damente a través de los recuerdos que, en las nostálgicas noches de invierno, desgranaba en nuestros oídos al lado del fuego de la chimenea...

Caminé de prisa por las galerías palaciegas hasta la gran biblioteca del palacio. Abrí la puerta. Todo estaba en penumbras y un agradable aroma a madera y a incienso recién encendido salió a recibirme. Era el perfume apacible y suave de la biblioteca... el perfume de los libros que me atrapaban con su infinita sabiduría y donde hubiera querido permanecer por muchas horas más de las que acostumbraba... Corrí el espeso cortinaje y me senté en una cómoda silla delante de una mesa que se hallaba frente a una ventana. Desde allí podía contemplar los jardines, los parques y el colorido séquito de mi hermano trotando —con las insignias ondulantes de su ducado resaltando sobre un cielo profundo y diáfano— hacia los verdes prados a celebrar su torneo. El sol reflejaba con toda intensidad sobre el cortejo que semejaba a la distancia una serpenteante cinta multicolor agitada por el viento... Desde alguna rama de un viejo árbol una alondra cantó... Me sentía feliz... dichosa... Estaba sola... absolutamente a solas con mi madre... Ella y yo unidas a través de mis letras... ¿Qué más podía desear?... Lo que más anhelaba era que mi carta, cual una blanca paloma mensajera, llevara hasta sus manos un poco de alegría y ternura para su corazón...

Con intensa emoción... con ansiedad... como si fuera a sentarme frente a ella después de diez años de no verla, para abrirla las puertas de mi alma, abrí la caja de marfil donde se guardaban las plumas de ganso para escribir. Tenían una punta cortada al sesgo. Elegí la más fina. Después abrí el armario donde se alistaban los pequeños frascos de tintas negras, doradas y carmesí. Elegí un frasco de tinta negra y lo coloqué a mi derecha... Por último, tiré de la esferilla de bronce y abrí el cajón del armario de la biblioteca que se deslizó suavemente sobre sus rieles encerados. Allí se guardaban las blancas hojas de papel del archiducado, el sello oficial y el lacre para sellar toda la correspondencia real. Tomé dos hojas. Con la pluma, la tinta y el inmaculado papel frente a mí, como si estuviera frente a un altar sagrado, junté mis manos, me persigné y me encomendé a Dios para que mi corazón pudiera expresarle todo mi amor guardado, para que iluminara mi entendimiento para no equivocarme y para que me permitiese delinear mi caligrafía del modo más prolijo en que me habían enseñado y aconsejado mis preceptores...

Comencé a escribir...

Malinas, 17 de septiembre del año del Señor de 1515

A mi madre la Reina, doña Juana I de Castilla:

Madre, ¿me recordáis? Yo soy María, vuestra tercera hija.

No nos hemos conocido, a pesar de que vos sois mía y yo soy vuestra.

Tal vez recibir esta primera carta os sorprenda. No os he escrito antes, no porque no os conociera, sino porque he estado empeñada en aprender a escribir bien en francés, para que podáis comprender mi letra. La lengua española, os lo prometo, la aprenderé algún día.

Bajo la mirada atenta de tía Margarita estoy cultivando mi mente y mi espíritu en las ciencias y las artes. Y bajo la supervisión y de la mano de los maestros de la corte, Juan de Anchieta, Luis de Vaca y Roberto de Gante, estoy recibiendo una esmerada educación. Así han sido las instrucciones de nuestro abuelo Maximiliano a Margarita: «La dimensión histórica que rodea a mis nietos es más significativa de lo que pudiera pensarse a primera vista. Ellos están destinados a continuar con el imperio y su formación tendrá que ser exquisita en todos los aspectos de su vida. Cultivarán la mente, pero también el corazón y el alma». A lo que Margarita respondió: «Se amarán los unos a los otros, se acompañarán y se cuidarán mutuamente, estarán juntos y unidos para siempre, pero cada uno cumpliendo con la misión dinástica que se le encomiende, como las cuerdas de un laúd, siempre estarán solas, pero vibrarán juntas en una misma música».

Os preguntaréis cómo recuerdo aquella conversación. Debo decir que nos la hicieron copiar en un papel lacrado del imperio y aprenderla de memoria. Ahora mismo la tengo delante.

¿Recordáis, madre, qué día es hoy? Hace diez años, entre el acotado espacio de tiempo que mediaba entre la tercia y la sexta, nació yo en Bruselas, en el palacio de Coudenberg. Los médicos de la corte temían por vuestra vida y por la mía. No lo olvidasteis ¿verdad? Vos salisteis del peligro de muerte recién al cumplir yo mi primer mes de vida. Imagino, madre, vuestras aflicciones. Cuando llegué al mundo Leonor tenía siete años, Carlos cinco e Isabel cuatro. Mi nombre fue María, archiduquesa de Austria e infanta de Castilla, para honrar el recuerdo de nuestra abuela paterna, María de Borgoña, muerta en 1482 y de una hermana menor vuestra, desposada con el rey Manuel I de Portugal. Tía Margarita dice que se siente orgullosa de que yo lleve el nombre de su madre. Para mí es un halago.

A los cinco días de mi nacimiento, fui bautizada por el obispo de Arras, Nicolás Le Ruistre, en la iglesia Notre Dame du Sablon, en una lujosa ceremonia ordenada por mi abuelo el emperador Maximiliano I, ¿la recordáis? Dicen que había dado la orden de extender una lujosa plataforma —de más de un centenar de metros— que unía el palacio con la iglesia, por donde avanzaba lentamente el colorido y suntuoso cortejo alumbrado por cientos de hachones. Eclesiásticos, nobles y la familia imperial —excepto vos, madre, que estabais convaleciente— caminaron en solemne procesión hacia la iglesia. Yo era llevada en brazos por Ana de Borgoña, señora de Ravenstein de Duy Veland, quien era transportada en una litera cargada por los caballeros de Borgoña. Años después me contó que yo iba encandilada por el reflejo de las

antorchas y entrecerraba mis ojos por el reflejo de sus flamas. Una comitiva de altos funcionarios del imperio y de la ciudad de Bruselas, representantes de la nobleza y damas de honor integraban la procesión que llevaba al final un grupo de trompeteros que iban haciendo sonar sus instrumentos con mucha solemnidad. Una multitud se aglomeró para ver pasar a la corte de la Casa de Austria en pleno con sus lujosos atavíos llevándome a cristianar, escoltada por heraldos que portaban coloridos gallardetes. Me contó tía Margarita que mi padre caminaba apesadumbrado porque sabía que debería partir en un tiempo breve junto a vos, madre adorada, para que os hiciérais cargo del reino de Castilla y vuestros ánimos estaban decaídos al tener que abandonarnos. Los inmensos portales de la iglesia de Notre Dame du Sablon estaban abiertos de par en par y las campanas repicaban con júbilo cuando trasasé el umbral en brazos de *madame* de Ravenstein para ser bautizada. El coro de Borgoña entonaba solemnes cánticos sagrados realzando la majestuosidad del momento.

Frente al altar se hallaba el estrado recubierto por paños de oro, damascos blancos y terciopelos carmesí, iluminado por cientos de velas, sobre el cual se alzaba la pila bautismal. De las paredes de la iglesia colgaban magníficos tapices con motivos bíblicos, cuyos hilos de oro destellaban fulgores a la luz de las candelas. El sol se filtraba por el soberbio rosetón y por los grandes vitrales en miles de destellos multicolores, cuando mi abuelo, el emperador, me tomó entre sus brazos y me presentó ante el altar. Cuando el obispo de Arras preguntó por mi nombre, él pronunció con solemnidad y recogimiento el dulce nombre de: «María». Estoy segura de que al hacerlo recordó con ternura a su joven esposa, María de Borgoña. Fue mi padrino el emperador Maximiliano I y mis madrinas, Ana de Borgoña —señora de Ravenstein de Duy Veland— y *mademoiselle* de Nassau.

Después del rito, el coro de la corte de Borgoña entonó el *tedium* y el emperador, el obispo y el séquito de nobles y eclesiásticos que participaban de la ceremonia comenzaron a descender ceremoniosamente del estrado. Había mucha gente dentro de la iglesia presenciando mi bautismo y al finalizar el sacramento sonaron las trompetas. La multitud se apretujó para verme pasar mecida entre los brazos de Ana de Borgoña y ante tanta algarabía alguien gritó por el pánico de ser apretado entre la multitud. El sobresalto del obispo de Arras fue mayúsculo y al darse la vuelta para ver qué sucedía, perdió el equilibrio y cayó desde el estrado hacia el suelo. La muchedumbre que intentaba salir del recinto sin querer lo pisoteó y su báculo de oro se rompió en tres pedazos. Los cincelados trazos de oro labrado quedaron aplastados bajo los pies de quienes pasaron sobre él sin advertirlo... Dicen que muchos murmuraron que aquello era un mal presagio... Otros dijeron que había sido un desgraciado accidente... Camino de retorno al palacio de Coudenberg en brazos de mi nodriza, muchos pensaron que mi futuro estaría sembrado de gloria y dolor.

Yo iba a cumplir mis cuatro meses cuando os marchasteis. Y cuando comencé a decir mis primeras palabras, fue a Margarita a quien llamé «mamá» por vez primera. Cuando ya pude comprender, me explicó que ella me quería como una verdadera madre, pero que no lo era. Recuerdo que lloré toda la noche al descubrir la brutal realidad. Desde 1504, tía Margarita, habiendo quedado viuda, por segunda vez, del duque Filiberto II de Saboya, rechazó a nueve pretendientes que aspiraban a su mano para dedicarse a nuestro cuidado. Nosotros que tanto la amamos la llamamos «nuestra señora santa y buena», porque su dedicación no tiene límites. Su convicción de que nuestra dinastía está destinada a gobernar todo el mundo la lleva a tales sacrificios.

¿Recordáis a María de Orselaere?, ella fue nodriza de Isabel y también mía. Vos la habíais elegido para que me amamantara cuando tuvisteis que partir hacia España. Aún hoy continúa en el palacio. Filipota de la Perrière fue mi aya y ella también aún está en la corte. No hay un día que no os nombre delante de ellas y, al evocaros, a veces las lágrimas ruedan por nuestras mejillas. Catalina de Hermellén, nuestra camarera mayor, ya se ha marchado de Malinas. Ella ha partido hacia Dinamarca acompañando a Isabel, cuando hace dos meses tuvo que viajar a desposarse con Christian II, rey de Dinamarca y Noruega, esposo que le ha sido elegido por nuestro abuelo. Todas estas abnegadas mujeres cuidaron de nosotros cuando os marchasteis, bajo la dedicada supervisión de Ana de Beaumont, aquella gran dama de honor de Leonor y más tarde también de Isabel y mía. Desde 1508 tengo una nueva aya que vos no conocisteis, su nombre es Margarita de Poitiers. Ella está consagrada sólo a mi cuidado. Cuando os marchasteis, su sonrisa alegró mis horas y yo reconocía su voz y sus gestos apenas verla asomarse por el arco lobulado de la gran puerta de mi recámara; entonces con ilusiones batía las palmas para que me levantara en sus brazos.

Madre, yo también he sido prometida en matrimonio hace dos meses al príncipe Luis, hijo del rey Ladislao II y heredero de los tronos de Bohemia y Hungría. A decir verdad, mucho antes de que vos nacierais —no sé si os comunicaron de aquella real alianza—, el emperador Federico III, mi bisabuelo, firmó en 1463 el Tratado de Sopron con el entonces rey húngaro, Matías Hunyadi (conocido por todos como Matías Corvino). Era un tratado de paz por el cual, en caso de morir el rey Matías sin dejar un heredero, la Corona de Hungría debía recaer en el único hijo de Federico III, Maximiliano I. Pero para el rey Matías todo resultó en vano. La muerte lo sorprendió el 6 de abril de 1490, sin ningún hijo legítimo que ocupara el trono que dejaba vacante, a pesar de haber estado desposado dos veces: la primera con Catalina de Pòdebrady y la segunda con Beatriz de Nápoles. Sin descendencia fidedigna y con un hijo ilegítimo cuya madre era la joven noble Bárbara Eldelpeck, el rey lo llamó con el nombre de Juan y desde 1479 intentó por todos los medios legitimarlo ante la Casa Habsburgo. Lo invistió con el título

de conde y luego de príncipe de Lipta, pero sus esfuerzos fueron infructuosos. Nuestra Casa nunca reconoció a su hijo y las relaciones entre ambas Coronas continuaron siendo tensas. Tras la muerte del rey Matías el trono quedó vacante, sin descendientes varones legítimos y tanto su hijo ilegítimo Juan, como el rey de Bohemia —Ladislao II— y un hermano de este, llamado Juan Alberto, se declararon dispuestos a someterse al voto de la Dieta de Hungría para ser electos como reyes de aquel país. En tanto, mi abuelo Maximiliano no obtuvo nunca la aceptación de la Dieta, integrada por nobles húngaros que se negaron a ratificar el Tratado de Sopron, negando la sucesión a los Habsburgo. Finalmente Ladislao II de la dinastía Jagellón, fue electo rey, como bueno y digno monarca para portar sobre su cabeza la milenaria corona húngara de San Esteban.

A la muerte del rey de Hungría, Matías Hunyadi, los nobles húngaros eligieron al rey de Bohemia, Ladislao II, para que asumiera el trono vacante. Ladislao II no sólo se benefició con ese señorío y se consideró legítimo heredero de todos los territorios arrebatados con anterioridad por la nobleza de aquel país a nuestra dinastía, sino que además consintió en desposarse con su reina viuda, Beatriz de Nápoles.

Ante el peligro latente que significaba que los húngaros hubiesen otorgado la corona de San Esteban al rey de ascendencia polaca, Ladislao II (rey que había sucedido a Jorge de Podèbrady en 1471 en el trono de Bohemia), mi abuelo Maximiliano de Habsburgo decidió recuperar para el imperio que detentaba su padre todo el oeste de Austria que se hallaba en manos magiars. Para ello acordó en aquel año de 1490, junto a su progenitor Federico III, un nuevo pacto sucesorio con el recién electo rey Ladislao Jagellón, futuro padre de mi prometido. Así en los primeros meses de 1491, mediante la firma del Tratado de la Paz de Presburgo (acuerdo similar al efectuado en Sopron), mi abuelo Maximiliano se aseguró el derecho de sucesión a los tronos de Hungría y Bohemia, y si bien renunciaba expresamente a la Corona húngara, decidió garantizar sus pretensiones y dejó establecido que, en caso de morir el rey Ladislao sin dejar descendencia, su Corona recaería definitivamente en nuestra Casa de Austria.

El 19 de agosto de 1493 murió Federico III y mi abuelo Maximiliano I —elegido por los electores imperiales desde 1486 como el sucesor de su padre— ascendió al trono. Desposado desde 1477 con la duquesa María de Borgoña (quien tristemente murió en 1482 al caer de su caballo), gozaba de grandes riquezas e influencias como no las había gozado antes ningún integrante de la Casa Habsburgo y sobre todo usufructuaba del apoyo de todos los príncipes electores, quienes habían esgrimido como razón fundamental para su elección imperial la posibilidad cierta que tenía Maximiliano I de liberar las regiones del sureste del imperio de los conquistadores húngaros.

Ante el matiz que iban tomando las circunstancias, en el año 1500 —diez años más tarde— el rey Ladislao de Hungría, sin lograr engendrar un heredero con su reina Beatriz y temiendo que aquellos dominios pasaran a ser una posesión más de nuestra Casa, se divorció de su esposa y dos años más tarde, el 23 de marzo de 1502, firmó un nuevo contrato matrimonial con una noble francesa llamada Ana de Foix Candale, con quien se desposó el 29 de septiembre de aquel año, con la esperanza de que su nueva esposa le diese un hijo con el cual salvar su trono. Aquella alianza matrimonial obedecía a un acuerdo político concertado de antemano con el rey Luis XII de Francia y estaba sustentada en dos motivos: frenar la expansión otomana que se cernía sobre las fronteras húngaras y desviar las razonables apetencias de los Habsburgo sobre aquellos lejanos territorios. Ana de Foix fue coronada como reina de Hungría en una conmovedora ceremonia en la ciudad de Székesfehérvár. Sobre todo por lo que aquel enlace real significaba para el reino que esperaba con ansias un heredero que pudiera salvarlo, evitándole a Hungría ser un dominio más de la Casa de Austria. En aquella ciudad —constituida en residencia real y en la más importante del reino— se habían coronado con anterioridad más de tres decenas de reyes y reinas consortes, sepultado a una gran cantidad de soberanos, reunido las más significativas dietas reales y guardado las magníficas joyas de la corona de San Esteban, reliquias sagradas del reino húngaro.

Ana de Foix se convirtió aquel memorable 29 de septiembre de 1502 en reina de Hungría, un día que nadie pudo olvidar. Pero nunca llegó a ser coronada como reina de Bohemia. Ella era una ferviente católica y como bien sabéis, madre, la mayoría de la nobleza bohemia es husita y se demoró demasiado tiempo en aceptarla. El rey Ladislao tuvo con ella dos encantadores hijos: la princesa Ana que nació en 1503 y el príncipe Luis que nació el 1 de julio de 1506. Pero la desdicha para el rey Ladislao llegó demasiado pronto. La reina Ana, cuya belleza y valor siempre habían conmovido a su esposo, murió veinticinco días después de dar a luz a su pequeño hijo heredero, sumiendo al monarca en la más profunda de las melancolías. Con indescifrable dolor debió asumir en medio del sufrimiento y la amargura la tutoría de sus dos hijos. El pequeño Luis había nacido prematuramente. Su piel era demasiado frágil y los médicos temieron que no fuera lo suficientemente fuerte para sobrevivir bajo aquellas extremas circunstancias. Para intentar salvarlo, aconsejaron que el heredero debía permanecer en un lugar suave y tibio, similar al vientre materno, para no morir de frío. Los galenos se reunieron y, después de deliberar en cómo solucionar aquella difícil situación para poder preservar al salvador del reino, sugirieron que el mejor modo de lograrlo era rodeándolo de cadáveres de animales recién muertos. Así el pequeño Luis, envuelto por blancos paños de algodón, dormía entre pequeños cerdos y corderos recién degollados que con su suave piel y mullida lana cobijaban en la tibieza al prematuro here-

dero desvalido. A pesar de tantos infortunios, el principito luchó por su vida restableciéndose en poco tiempo y superando las graves dificultades, se convirtió en un niño fuerte y vigoroso para regocijo de su doliente padre, el rey.

Ladislao II buscando los mejores maestros para sus pequeños hijos, los rodeó de sabios tutores y poetas, entre los que se destacaron el sacerdote jerónimo y humanista italiano Girolamo Balbi, así como el preboste de Vysehradi, Dietrich, quien instruyó en el idioma checo al pequeño Luis y pronto el niño comenzó a dominar seis idiomas: húngaro, latín, bohemio, polaco, alemán y francés, comprendiendo también el italiano.

Como bien sabéis, madre querida, las alianzas matrimoniales han sido siempre para la Casa Habsburgo el mejor modo de sellar pactos y compromisos con otros reinos. Y nosotros, los nietos del emperador, hemos colaborado desde nuestro nacimiento a extender el poder de nuestra Casa hacia los lejanos confines. No somos ajenos a esta clase de alianzas que unen y extienden las fronteras de los reinos. Vos fuisteis también un eslabón de esa cadena que nunca se ha roto, al ser comprometida en matrimonio con mi padre, el archiduque de Austria Felipe de Habsburgo, y vuestro hermano Juan, príncipe de Asturias, con Margarita de Austria, hermana de mi padre. Una doble alianza que ahora la historia del imperio desea volver a repetir del mismo modo con alguno de mis dos hermanos, Carlos o Fernando y yo. Es por eso que nuestro abuelo Maximiliano I ha visto con buenos ojos el nacimiento de los dos príncipes húngaros, Ana y Luis, hijos del rey Ladislao II, capaces de sellar perpetuamente con ellos los dos compromisos matrimoniales con nuestra dinastía. La duda es si la princesa Ana estará destinada a Carlos o a Fernando, porque nuestro abuelo paterno, aún no se ha inclinado por ninguno.

Sin tiempo para los arrepentimientos y con la certeza de que todo se hace por el bien de la Casa que nos vio nacer, nuestro abuelo pensó que tanto Carlos como Fernando serán un buen esposo para la joven princesa Ana y yo, la mejor reina consorte que nuestra familia pudiera desear, para desposarme con el heredero Luis de Hungría y Bohemia.

Por estos motivos y naturalmente prescindiendo de mí, el 17 marzo de 1506, cuando yo acababa de cumplir mis seis meses de edad y mi prometido, el príncipe Luis de Hungría, aun no había nacido, mi abuelo llevó a cabo la firma de una alianza matrimonial con Ladislao II. Por dicho pacto ambos monarcas se comprometieron a desposarme a mí —nieta del emperador— con el heredero del rey húngaro (pacto que sería cumplido, siempre y cuando el hijo que llevaba dentro de sus entrañas desde hacía seis meses la esposa del rey de Hungría, Ana de Foix, naciera vivo y resultara ser el heredero varón, ambicionado por el reino).

El destino así lo quiso, madre querida y mi futuro esposo nació el 1 de julio de 1506. A veces pienso que estas certidumbres habrán de llevarme algún día por los senderos de la verdadera felicidad.

Mi prometido fue bautizado con el nombre de Luis y la firma del contrato matrimonial se realizó un año y cuatro meses más tarde, en el mes de noviembre de 1507.

Cuando aquel triste 25 de septiembre de 1506, murió en Burgos nuestro padre y amargamente os quedasteis sin él, y nosotros sin vosotros, el tutor de Carlos, Guillermo de Croy —Señor de Chièvres— escribió una carta al emperador Maximiliano I diciéndole que todos sus nietos necesitaríamos de él, el doble que antes. Nuestro abuelo tomando con decisión aquella consigna volvió a ejercer la regencia sobre Borgoña, como antes lo había hecho con nuestro padre —cuando era un niño y había perdido a su madre María de Borgoña— y nombró regente de los Países Bajos a nuestra tía Margarita de Austria.

Madre querida, no quiero cansaros con esta historia. Otro día volveré a escribiros, porque de este modo me siento más cerca de vuestro corazón. Sé que tengo otra hermana que se llama Catalina, que tiene ocho años y que vive junto a vos en Tordesillas. Me lo ha dicho tía Margarita. ¡Cómo me hubiese gustado conocerla para regalarle mis muñecas de Malinas y mis máscaras doradas para que se disfrace! De ser posible también mi caballo, para que pudiera salir a cabalgar por los bosques que rodean los parques de Malinas, o la invitaría a subir en el trineo que ha pintado el pintor de cámara de Carlos con óleos de vivos colores, para llevarla a pasear en invierno por la nieve. Peinaría sus cabellos y le obsequiaría mis moños de seda. ¡Pero estáis vosotras tan lejanas y yo tan imposibilitada de ir a veros, que no veo mejor remedio que escribiros!

Olvidaba deciros que a comienzos de este año, nuestro abuelo ha declarado a Carlos mayor de edad y duque de Borgoña, en la Sala de los Estados del Palacio Ducal de Bruselas. ¿Recordáis el palacio? A veces paseo mis ojos por sus salones porque sé que vuestros ojos también los recorrieron. Es mi código secreto para acercarme más a vos, madre querida.

Os beso a través de la distancia.

Yo, María, archiduquesa de Austria

Aquel 17 de septiembre del año del Señor de 1515 por la tarde, cuando los jardines de Malinas desbordaban de jacintos y lirios en flor, terminé de escribir la carta que antecede. En ella puse mi nombre y al hacerlo me mordí los labios. Con nerviosismo pensé en el momento en que mi madre la tuviera entre sus manos. ¿Cómo me imaginaría? ¿Sería yo la princesa que ella deseaba que fuese?

El palacio de Malinas había encendido las luces de los salones desde temprano y la banderola de Margarita de Austria ondeaba gallarda sobre la torre de homenaje. Al anochecer, después que las campanas llamaron a vísperas, nuestra buena tía, para agasajarme, nos reunió en el salón dorado. Como yo era la homenajeadada me concedieron el honor de sentarme a la cabecera de la gran mesa.

Carlos y su preceptor, Adriano de Utrecht, se sentaron a mi derecha y tía Margarita y Leonor a mi izquierda. La velada transcurrió plácidamente... Había pasteles, piezas de caza asadas, escabeche de perdices y ensaladas. A los postres, tiernos pudines, tartas con deliciosas y perfumadas cremas y una torre de frutas escarchadas... sin embargo apenas pude probar bocado. Escribir aquella carta había quitado mis apetencias.

—Dulzuras para la princesa más dulce— anunció tía Margarita cuando los postres llegaron a la mesa. Yo me sonreí complacida...

—¿Cuál ha sido vuestro mejor cumpleaños? —pregunté a Carlos con curiosidad.

—Sin dudarlo, mi mejor cumpleaños fue el que se programó para festejar mis ocho años de edad —respondió mi hermano y en su boca se dibujó una sonrisa de alegría al evocarlo—. Recuerdo que nuestro abuelo Maximiliano, tía Margarita y algunos de mis preceptores me acompañaron hasta la taberna de El Cisne situada frente a la Plaza Mayor. Allí desde una ventana, pude participar animadamente de una representada cacería, organizada dentro del recinto de aquella plaza. Nuestro abuelo había mandado a cercar el solar y dejar libres dentro de él a varios jabalíes, ciervos y codornices para que yo me divirtiera. Desde la ventana y parado sobre una silla para poder alcanzar el alféizar de madera, recuerdo que uno de mis preceptores me sujetaba para que no cayera, mientras yo les arrojaba, a través de la ventana abierta de par en par, hierbas, migajas y azúcar cande a los animales para que comieran. Recuerdo que en ese momento llegó de improviso una bandada inmensa de palomas hambrientas y antes de que los cerdos, los ciervos y las perdices pudieran abrir sus bocas y sus picos para comer lo que yo les arrojaba, ellas se los habían devorado todo y volvieron a levantar el vuelo.

Yo observaba en silencio lo que acontecía y con expectación y entusiasmo volví a arrojar migajas y terrones de azúcar. Cuando todos los animales se agruparon alborotados bajo la ventana para comer lo que yo les había arrojado, simulé apuntarles con mis armas de lustrosa madera. ¡Nunca podré olvidar aquel cumpleaños! Fue una tarde sin igual. La plaza había sido desalojada de personas y solo caminaban plácidamente por ella, los animales y las aves, como si lo hicieran en total libertad por el medio del bosque... Por supuesto nadie mató a ningún animal ni a ningún ave... y al caer la tarde, todos fueron arreados nuevamente hacia su lugar en los prados y en los bosques, tal como habían sido traídos.

—¡Dios mío, cómo me gustaría tener un cumpleaños tan emocionante! —dije eufórica—, ¡qué ingeniosa la idea de nuestro abuelo, jamás se me hubiera ocurrido nada igual! ¿Y para vos, Leonor? ¿Cuál ha sido vuestro mejor cumpleaños? —pregunté a mi hermana con gran curiosidad.

—Hasta hoy, yo también sigo recordando como al más bonito de todos, mi décimo cumpleaños. Fue en 1508. ¿Lo recordáis tía Margarita?

—Lo recuerdo en todos sus detalles, y no solo ese, sino todos vuestros cumpleaños y el de todos vuestros hermanos —respondió la archiduquesa.

—¿Y por qué lo recordáis con tanto esmero? —pregunté con asombro.

—Porque tía Margarita para festejármelo organizó una fiesta de máscaras y yo durante toda la velada estuve tratando de descubrir detrás de qué disfraces se ocultaban Carlos e Isabel, sin poder sorprenderlos. Había muchos niños de estaturas similares y me resultaba imposible reconocerlos, porque cambiaban sus voces y sus gestos para tratar de desorientarme. Vos María erais demasiado pequeña y no lo debéis recordar, pero sobre el final de la velada pude descubrir a Carlos que se ocultaba tras el disfraz de un arlequín y a Isabel detrás de un vaporoso vestido de hada.

—¡Sí, lo recuerdo! —rió Carlos— cuando caminaba por el salón con aquel disfraz mitad verde y mitad colorado, los cascabels de mi tricornio y de mis zapatos de paño me delataban por dónde lo hacía.

—Era para descubrir vuestras travesuras —acotó riendo tía Margarita.

—¡Muy bien pensado el disfraz, entonces! —agregó con entusiasmo su preceptor Adriano de Utrecht.

Festejamos aquellas ocurrencias riéndonos y recordando los ingenios de algunas de nuestras onomásticas. Después de la cena pasamos al salón azul a escuchar algo de música. Yo era el centro de los festejos y como tal, los músicos me complacieron ejecutando algunas de las melodías que más me agradaban... Cuando el carillón del reloj llamó a completas, me despedí de todos. Iba a retirarme a mis aposentos cuando mi hermano Carlos se acercó hasta mí e inclinándose en una profunda reverencia me ofreció su brazo. Yo se lo tomé y me dejé llevar dulcemente por el gran vestíbulo que conducía hasta el gran salón del trono. Cruzamos la estancia en silencio en medio de la penumbra, como dos almas entrelazadas por el amor fraterno. No sabía qué sorpresa me estaba aguardando, cuando faltaban tres horas para terminar del día de mi cumpleaños. Un par de guardias se inclinaron ante nosotros cuando llegamos hasta las puertas del gran salón que se abrieron sigilosas de par en par, dejándome ver un recinto magníficamente iluminado y, sentado sobre el trono resplandeciente, nuestro abuelo Maximiliano que nos sonreía al vernos llegar.

—Su Majestad requiere de vuestra presencia de un modo inminente —me susurró Carlos al oído con una mirada de complicidad.

Un pequeño tintineo de campanas se escuchó a lo lejos, mientras yo llegaba hasta el pie del sitial a besar a mi abuelo. Detrás de mí entraban al recinto tía Margarita, Leonor y el precep-

tor de Carlos, Adriano de Utrecht. El emperador majestuoso y afable, abrigado por un jubón de terciopelo color burdeos ribeteado de piel, me hacía señas con su mano para que me acercara. Al aproximarme a él se puso de pie y me abrazó con ternura.

—¡¡Feliz día, querida María!! No he querido faltar a la cita de vuestro onomástico y he llegado desde Viena hace apenas unos minutos para sorprenderos antes de que concluyera el día. ¿Pensasteis que lo había olvidado?

—Lo había pensado, Majestad —respondí con una sonrisa—. Y os agradezco que vinierais. Me habéis dado una gran alegría, pues vuestras muestras de cariño son para mí una gran dicha y por encima de todo un gran honor, porque sé de vuestro gran esfuerzo. Os prometo que nunca lo olvidaré mientras viva.

Oí que la doble puerta volvía a abrirse tras de mí y al darme la vuelta, vi acercarse a un grupo de músicos tocando en sus violines una alegre y rápida melodía húngara, mientras diez bailarinas vestidas como muñecas magiares comenzaban a danzar a mi alrededor a una velocidad vertiginosa. De pronto yo estaba en el centro de aquel torbellino de colores y música y veía a mi abuelo, a mi tía y a mis hermanos reír por detrás de aquel círculo danzante.

Cuando el baile hubo concluido, el emperador se puso de pie e hizo entrar al guardajoyas de la corte, Dierick van den Hectwelde, quien acercándose hasta mi abuelo le entregó en sus manos un cofre repujado de oro macizo. Maximiliano I al ofrecérmelo, me pidió:

—Abridlo María, es para vos.

Con emoción, al punto de quedar petrificada con aquella sorpresa que no esperaba, abrí el arca y pude ver que guardaba dentro una magnífica joya. Nunca me había detenido a considerar que yo llevaba el mismo nombre de mi abuela difunta, María de Borgoña, ni si mis hermanas Leonor e Isabel también habían sido depositarias de tan maravillosas reliquias. Menos aún soñaba con que al cumplir mis diez años, mi abuelo me obsequiaría una de las alhajas más preciadas de su esposa. (Después de doce años de viudez, mi abuelo se había vuelto a desposar con Blanca María Sforza, pero ella también había muerto en Innsbruck, el 31 de diciembre de 1510).

—Perteneció a mi primera esposa María de Borgoña y como vos lleváis su dulce nombre, he querido que desde hoy, os pertenezca.

Mi abuelo Maximiliano I en una espontánea muestra de cariño me estaba entregando una magnífica gargantilla de brillantes con perlas engarzadas en delicada filigrana de oro, recuerdo de su joven y difunta esposa. Su obsesión era obsequiármela, porque experimentaba el gozo de haber dado un buen destino a tan majestuosa prenda.

—Sé que jamás estará en mejores manos —terminó diciendo y dándome dos sonoros besos sobre las mejillas, observé dos lágrimas insinuándosele dentro de sus claros ojos.

Puesta de rodillas ante él, no pude balbucear más que un «gracias» emocionado y una pregunta de asombro.

—¿Por qué a mí, abuelo?

—Yo diría, querida María, ¿por qué no a vos? En la vida, las joyas se heredan de padres y abuelos como si fuera un juego al darnos la vez. Si mi esposa era dueña de tan maravillosa prenda, yo sentí el deber de obsequiársela a una de sus nietas y nadie mejor que vos, que lleváis su inigualable nombre. Ya sabéis, las joyas son para hijos y nietos y vos sois la merecedora de esta.

—¿Y por qué no para vuestra hija Margarita?

Tía Margarita me sonrió complaciente, pero fue el emperador quien volvió a responderme con encantador afecto.

—Me parece, querida María, que Margarita ha heredado muchas joyas de su madre y es ella la que ha considerado favorable y oportuno que también las nietas de María de Borgoña tengan derecho a heredar el resto. De considerar vuestra idea, ninguna de vosotras podría lucir con gracia tan maravillosas alhajas. ¿Habéis olvidado que ella no es la única descendiente y que si nunca llega a tener hijos propios, tarde o temprano todas sus joyas pasarán a ser también vuestras?

Sí, lo había olvidado. Nunca me había detenido a pensar que nosotros podríamos heredar lo que los cofres del guardajoyas de la Casa de Borgoña atesoraban bajo doble llave. Cuando le hube explicado a mi abuelo aquellos olvidos sentimentales me dijo.

—Al lucir estas majestuosas reliquias, el recuerdo de saber a quiénes pertenecieron os harán más feliz, querida María.

Y desde luego, más de lo que imaginaba, pues tener junto a mí las perlas y los brillantes que en algún momento los ojos de nuestra desconocida abuela habían contemplado emocionados, me producía una sensación deliciosa. Mi abuelo, partidario de darnos aquellos momentos felices que nuestros padres no habían podido otorgarnos debido a las tristes circunstancias que tuvieron que vivir, tejía a nuestro alrededor en un mismo bordado los deleites para nuestros ojos y las sublimaciones para nuestra alma, dejándonos tan inseparables como la brisa y el aire en un día de campo. Mi alegría crecía a medida que transcurrían los segundos. Sobre todo cuando al entregarme mi abuelo la recordada joya, embelesó con ella mis sentidos. El emperador era maestro en el arte de sugerir con sus actos la búsqueda de sus propósitos. La inesperada emoción de saberme tan en cuenta por mi abuelo me llenaba de alegría y felicidad. Una alegría y una felicidad que me habían llegado a la manera de un inesperado torbellino, comparable al que me habían hecho sentir las bailarinas húngaras hacía apenas unos escasos momentos o al de quien imagina lo que el emperador deseaba que yo comprendiera: el de aceptar todas las órdenes imperiales que sobre mi testa coronada se decretaran. La escogida

idea que había tenido Maximiliano I me dejaba en deuda, comprometida. ¿Por qué la supuesta felicidad de mis sentimientos martirizaba con sus interrogantes mi incierto futuro? Aquella manera de influenciar nuestra voluntad, poniendo en nuestro corazón mitad dicha, mitad incertidumbre, me perturbaba. Educada para obedecer siempre lo que nuestros mayores ordenaban, la obediencia solicitada por mi abuelo generaba inquietud dentro de todo mi ser y una depresiva sumisión de acatamiento en todo mi espíritu. Sin la señal inductora de mi abuelo, que con anticipación había sellado una alianza con Hungría, yo nunca me hubiera adentrado por los senderos que llevaban a ese reino lejano y, curiosamente, jamás habría tenido la sutileza de sospechar que aquello se realizaría más pronto de lo que yo imaginaba.

Quería seguir en Malinas, tanto como lo había deseado Isabel y quizá como lo deseaba Leonor, pero sabía que ese deseo sería imposible de cumplir. Algún día no muy lejano yo también tendría que partir a cumplir con los altos ideales del imperio al que pertenecíamos y penetrar en Hungría desde Austria por el vértice verde de su puerta occidental, hacia su extensa llanura bordeada por el gran Danubio.

Era demasiado tarde cuando entre aquellas cavilaciones me retiré a mis aposentos, pero el cansancio parecía haber cancelado el tiempo de mis indecisiones. Aquella noche cuando el sueño llegó y cerré mis ojos, tuve la sensación de que aquel había sido mi cumpleaños más feliz, a pesar del efecto sombrío que desgranaba sobre mí la obediencia perpetua.